Francisco García Pacheco, Luis Grajales
y Luis Candela

CLAVEL DE GRANADA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.
1922



CLAVEL DE GRANADA

Clavel de Granada

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Francisco García Pacheco, Luis Candela y Luis Grajales

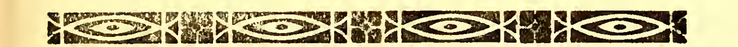
Estrenada en el COLISEO IMPERIAL
el 14 de Octubre de 1921



MADRID
IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA MILITAR
Pasaje de la Alhambra, 1.
TELÉFONO 18-40
1922

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SUSANA...	Nieves Barbero.
DOÑA CARMITA...	María Hurtado.
MARIA...	B. Alonso de los Ríos.
CAROLA...	Elisa Fortuny.
MARGARITA...	Carmen Echevarría.
LOLO...	Encarnación Falcó.
PIERRET...	Isabel Roldán.
FEDERICO...	Pedro F. de Cuenca.
SIR GUILLERMO SEYMOUR....	Fernando Fresno.
INOCENCIO...	Vicente Serrano.
QUIROS...	Joaquín Pacheco.
HERNÁNDEZ...	Arturo Navarro.
BRUNETE...	Enrique Navarro.
CHARLES LOOVE...	Julio F. de Cuenca.
PELAYITO...	Julio F. de Cuenca.
GASTON...	Carlos Dulac.
TOMILLO...	Carlos Dulac.
MARCELO...	Florián Rey.
EL DEL GARBANZO...	Félix Briones.
UN CAMARERO...	José Cabrero.
LLOVICO...	Venancio Martín.
UN CRIADO...	P. Alonso de los Ríos.



Acto primero

La acción se desarrolla en la oficina de una explotación minera, en la sierra de Granada. Como la señorita Susana Staventson, mujer joven y bonita, es quien está al frente de la oficina, se nota alguna coquetería en la mesa de despacho, colocada en el centro de la escena. Hay sobre esta mesa un portarretrato con el de la dueña. En la derecha, primer término, la mesa de despacho de Hernández; en primer término izquierda, un clasificador y la mesa de Quirós. En el centro, junto a la mesa de Susana, una mesita con una máquina de escribir marca Yost. Puertas al foro y lateral izquierda.

(Al levantarse el telón aparecen MARIA, joven mecanógrafa, escribiendo a máquina; HERNANDEZ, en su mesa de trabajo, y QUIROS, de pie junto a la mesa de Hernández, con un papel en la mano.)

Quirós *(A Hernández.)* Oiga usted, siete y nueve son diez y seis, ¿verdad?

Hernán. Sí, hombre, sí; diez y seis, ni una más ni una menos.

Quirós ¿Me lo jura usted por la salud de su santa madre?

Hernán. Sí, hombre, sí, y por la de mi abuela; siete y nueve son diez y seis.

Quirós Y de diez y seis llevo una, ¿verdad?

Hernán. Verdad.

Quirós Entonces falta una peseta.

Hernán. ¿No será la que se lleva usted de las diez y seis?

Quirós No me gaste bromas, que esto es más serio de lo que parece. ¡Maldita sea! *(Mirando al papel.)* Nada, que esta cuenta la acabo yo en una Casa de Salud; total por una unidad,

porque si fuese sólo una peseta, la ponía yo de mi bolsillo, aunque Pitágoras se molestase un poco; pero resulta que esa unidad que me falta, y ahora no es más que una peseta, en cuanto haga la multiplicación por 3.835.271, que es el número de acciones, va a resultar un error que no lo subsano yo aunque me suban el sueldo todos los años. *(Pausa, mirando al papel.)* Oiga usted, María, siete y nueve, ¿cuántas son?

María *(Dejando de escribir en la máquina y pensando un instante.)* ¿Siete y nueve?

Quirós *(Aparte.)* ¡Dios mío, que me diga que son diez y siete!

María Son quince.

Quirós ¡Arrea!

María No. Diez y seis, y usted perdone; cualquiera se equivoca.

Quirós Dígamelo usted a mí ¿De modo que son diez y seis?

María Exactamente.

Quirós Es decir, que si yo le doy a usted siete besos seguidos, descanso un poco y le largo luego una serie de nueve, resulta que son diez y seis los ósculos que tiene usted que devolverme para que quedemos en paz.

María Lo que resulta es que tiene usted que ir por vendas, porque antes de terminar la primera serie le he metido a usted la Yost en la cabeza.

Quirós ¿Usted?

María Yost; digo yo.

Quirós Bueno, no es para molestarse, porque yo me he dirigido a usted como me podía haber dirigido a la tabla de sumar.

María Pues suma usted con los dedos, que es menos peligroso.

Quirós Sí, señorita; pero no puede ser, porque en este momento necesitaría unos cuatro millones de dedos y no los tengo a mano.

María Yo creo que sólo necesitaba usted dos dedos más.

Quirós ¿Dos dedos más?

María Sí, de frente.

Quirós ¿Eso es llamarme bruto?

María Nada de eso; es llamarle la atención nada más.

Quirós No hacía falta; la atención me la llamó us-

ted desde el primer momento que entré en esta casa.

María Si se fijase usted en los números, como en otras cosas, iba usted a ser un asombro como contable.

Hernán. Ande, Quirós, ande a ver si encuentra eso error antes de que vuelva la señorita Susana.

Quirós *(Volviendo a su mesa.)* No sé, me parece que no va a poder ser posible.

María Pues ándese con ojo, porque a la señorita Susana la gustan las cuentas claras.

Quirós Y a mí también; pero ésta no me sale.

María *(Se levanta y va a la mesa de Hernández con un papel en la mano.)* Señor Hernández, ¿quiere usted decirme qué pone aquí, que no lo entiendo?

Hernán. *(Leyendo.)* Aquí pone vino.

María Gracias; no lo entendía.

Hernán. Pues es un vino muy claro, señorita. Fíjese usted. *(Leyendo.)* Cosa que ya le manifesté cuando vino a visitarnos su representante.

María Muchas gracias; traiga usted.

Quirós Deje usted, yo la dictaré y así acabamos antes. *(Dicta.)* La finca en cuestión tiene una superficie de cincuenta mil pies.

María *(Cambiando el papel en la máquina.)* Espere un momento, que no me caben aquí los pies.

Quirós Si fuesen como los de usted, sobraba sitio.

María Amigo Quirós, yo le ruego que deje el piropeo para otras.

Quirós Perdone. *(Aparte.)* Esta mecanógrafa es la Magdalena después del arrepentimiento.

(Un CRIADO entra una bandeja con cartas y periódicos y se la entrega a Quirós.)

(Leyendo los sobres.) Stáventson, Stáventson, Stáventson; ésta es para usted, Hernández, sin H y Homobono también sin H.

Hernán. Venga; es de una amiguita.

Quirós ¿Lo conoce usted por la letra?

Hernán. No, señor; por la ortografía. Es la única que me quita las dos haches y el sueño, amigo Quirós.

Quirós A mí quien me quita el sueño es la cuentecita ésta. ¿Usted cree que me despedirán si no me sale bien?

Hernán. Seguramente. Yo, que llevo mucho tiempo en la casa, conozco muy bien a la señorita

Susana, y me consta que no tolera faltas a sus empleados.

Quirós Eso he podido apreciar en los pocos días que llevo aquí. Y lo que más me extraña es que sea ella quien dirige el negocio, y no la madre.

Hernán. Doña Carmita no entiende de negocios; es una mujer muy andaluza, casi una gitana.

Quirós En cambio, la señorita Susana, me parece más inglesa que el difunto señor Staventson. *(Entra SUSANA, seguida de BRUNETE y LORD GUILLERMO.)*

Susana Pase usted por aquí, le presentaré a sus compañeros.

Brunete Muy buenos días.

Susana María Velasco, mi mecanógrafa, persona de toda mi confianza.

Brunete Servidor de usted, señorita.

Susana Homobono Hernández, mi segundo, mi mano derecha.

Quirós *(Aparte.)* Segundo, derecha.

Susana Pepe Quirós, mi contable, un gran matemático.

Quirós *(Aparte.)* Menos mal que aún no ha visto la cuenta.

Susana Tomás Brunete, un nuevo empleado de la casa. Tengo verdadero interés en que le acojan con cariño, porque me ha sido muy recomendado por mi gran amigo lord Guillermo Seymour.

Guiller. *(Entrando.)* Presente. Mí sigue bien, a osté le veo bien, amigo Hernández, también a osté le veo bien, amigo Quirós; Mery, a osté también la veo bien. *(Se aproxima mucho a ella y se pone el monocle.)*

Quirós *(Aparte.)* La ve bien, pero se pone los lentes; debe ser para verla mejor.

Susana No te aproximes tanto, querido lord.

Guiller Es que no lo veo bien. Es que no lo veo bien.

Susana ¿En qué quedamos?

Guiller Quedamos en que la veo y no la veo.

Susana Eres incorregible; ya sabes que a María no la gustan las bromas.

Guiller. ¡Ah! No ser broma, señorita Mery; gustarme a mí mocho; lo juro por la gloria de Cotón.

Susana Ya estás con tus palabrotas.

Guiller. ¡Ah! ¿Esto de Coton ser palabrota? Quirrós me lo ha aprendido.

Susana Quirós había de ser.

Quirós Diga usted, señorita Susana, que también lord Seymour me enseña a mí el inglés.

Guiller. Yes, Quirrós me enseña su lengua y yo le enseño la mía.

Susana Pues tú no tienes muy buena lengua.

Quirós Y que lo diga usted, señorita Susana; el otro día le dije una cosa que acababa de enseñarme a un inglés que vivía en la misma fonda que yo, y nada más oirme me dió un puñetazo y pidió la cuenta.

Guiller. Estupendo, maravilloso.

Susana Bueno, bueno, basta por hoy, que hay mucho que hacer; tú puedes pasar, si quieres, a saludar a mamá; se alegrará mucho de verte.

Guiller. ¡Oh!, no lo creas; tu madre me tiene hincho.

Susana ¿Cómo hincho?

Guiller. Sí, hincho, o hincha, o tirria. ¿No ser tirria como se dise?

Quirós Sí, señor; tirria.

Guiller. Cuando me ve me hace así con las manos y me dice ¡lagartijo!, ¡lagartijo! Siempre decir que mi se pisa la asadura, ¡asadura! ¿Qué cosa es asadura, amigo Quirós?

Quirós Pues asadura es una cosa así como guasa, mandanga.

Guiller. ¿Y yo me piso la guasa-mandanga? Mi no lo entiendo. Verdaderamente ser difícil la lengua de Cervantes. *(Saluda en inglés.)* Gudbay. *(Mutis.)*

Quirós Es verdaderamente célebre lord Guillermo.

Susana Sí, es simpático, y aunque algo excéntrico, yo le profeso un gran afecto. Fué un excelente amigo de mi padre; al morir éste nos dejó, entre otras cosas, a lord Guillermo Seymour; es una mala cabeza, se ha arruinado diez veces. Después de todo, hace bien, es solo en el mundo y no tiene que dar cuentas a nadie.

Quirós ¡Quién fuera él, Dios mío!

Susana Bueno, señor Brunete; desde hoy compartirá usted el trabajo con nosotros; según me ha dicho lord Seymour, es usted un hombre listo. Hernández le irá a usted imponiendo y

dentro de cuatro días estará usted al corriente.

Brunete Como usted mande, señorita.

Susana Por el pronto será usted el encargado del fichero; la clasificación corre a cargo de usted.

Hernán. Es muy fácil, ya verá usted cómo aprende en seguida.

Susana ¿Llegó el correo?

Hernán. En su bureau está.

Susana Bien. ¿Terminó esas cartas, María?

María Sí, señorita; puede usted firmarlas cuando guste.

Susana Hernández, hay que sacar un estado de todas las operaciones realizadas durante la última quincena.

Hernán. Mañana estará a su disposición.

Susana Hombre, Brunete, va usted a entrenarse.

Brunete Usted dirá.

Susana Busque usted en Huelva la ficha correspondiente a Martínez Hermanos. *(Después de leer un telegrama.)* Hernández, hay que preguntar al jefe de la estación de Fuensalud si en el tren 2.017 pueden empalmarse cuatro vagones consignados a Sevilla. ¿Ha encontrado ya eso?

Brunete No, señorita; aún, no.

Susana ¿Pero en qué letra busca usted?

Brunete En la G. ¿No me ha dicho usted Guelva?

Susana Señor Brunete, aquí Huelva se escribe con H.

Brunete Usted perdone, como soy nuevo, aún no sé las costumbres de la casa.

Quirós *(Aparte a Brunete.)* ¿Entonces tampoco sabrá usted cómo se pone aquí huevo?

Brunete Aquí, no, señor; en mi casa lo ponen con tomate.

Quirós ¡Con tomate! Me parece que aquí no te haces viejo. *(Busca la ficha.)* Aquí tiene usted, señorita Susana. Martínez Hermanos, Huelva.

Susana Gracias, Quirós. Brunete, búsqueme Camero de Guadalajara.

Brunete Al momento. *(Va hacia el fichero mientras dice.)* Gua, gua, gua.

Quirós Caramba, creí que era usted el chucho. ¿Pero dónde va usted a buscar Guadalajara?

Brunete Toma, en la H.

Quirós En la H; ¿pero y la Ortografía?

Brunete En la O.

Susana Deje usted el fichero, Brunete; ya le buscaremos a usted una ocupación que no tenga haches.

Brunete No le extrañe a la señorita, yo sólo he estado en casa de lord Seymour, y lord Seymour no las usaba nunca.

Susana Bien, ahora puede usted retirarse y mañana, a las nueve, venga por aquí, que ya veremos lo que se hace con usted.

Brunete Entonces, hasta mañana. Buenos días. *(Mutis foro.)*

María El pobre va corrido.

Susana Cosas de lord Guillermo; le colocaremos en el jardín. Quirós, hoy mismo ha de quedar terminada esa cuenta.

Quirós Sí, señora, hoy mismo. *(Aparte.)* Me veo en el jardín, con Brunete.

Guiller. *(Sale con un papel en la mano y muy compungido.)* ¡Quirrós?

Quirós Mande usted.

Guiller. *(Leyendo.)* ¿Qué cosa es malos merengues te tragelen?

Quirós Merengues, no; mengues.

Guiller. Ser igual. Doña Carmita me haber dicho esto ahora.

Quirós No se preocupe usted, es un piropo.

Guiller. ¡Ah!, no; mi no decirme pirropos, mi tomarme siempre el bisoñé, no hacer migas tu madre y yo, mi llamar ave fría.

Susana ¡Ave María!

Guiller. No. María, no; fría. María ser bonito e cosas bonitas no me desir nunca.

Susana A mi madre le pasa lo que a ti, es incorregible.

Guiller. Tu madre estar una gitana, mayor gitana cada día e mayor insoportable.

Susana Siempre estáis riñendo e insultándoos.

Guiller. ¡Oh! sí, siempre riñendo; nos tenemos «abhorrence», pero insultos, no; no poder decir eso. Como ella insultarme en caló yo no comprendo, como yo insultarla en inglés, ella no comprender jota, ella estar siempre mocho... ¿Cómo desirse esto? Susana, mocho «displeasing».

Susana Antipática.

Guiller. ¡Eh! Justo, antipático. Se lo diré en español para que lo entienda.

Susana Sois los polos opuestos. Ella nació en el Albaicín; su temperamento, sus costumbres, sus cariños son del Albaicín. Mi padre no se cuidó jamás de educar aquel carácter; antes al contrario, como él era un espíritu frío, pesimista, un poco enfermo de splen, fomentó el contraste para hallar en el contraste la felicidad. Su mujer, nacida como una gitana, criada como una gitana, viviendo una vida de alegrías y risas, vistiéndose con mantoncillos de talle, adornándose con flores, pulsando una guitarra y entonando unas peteneras, era una nota de color en su vida gris de hombre de negocios, un rayo de sol en su cielo recubierto de nubes, una caja de música que sonaba alegre en su alma. Y así fué y así será; su temperamento es inalterable, Seymour; lo mismo es ahora que hace veinte años. Genio y figura hasta la sepultura.

Guiller. Genio, sí; figura, no; ahora es mocho más fea.

Susana Me refiero al temperamento; querer cambiarla...

Guiller. Sí, es pedir olmos a las peras; mucho que comprendo

Susana Debes desistir de transformarla, porque siempre estaréis en desacuerdo.

Guiller. ¿Cómo? No comprendo bien. ¿Cómo estar desacuerdo?

Susana «Discordante».

Guiller. Yes, ahora comprendo. Pero ¿qué cosa ser esto?

Susana ¿El qué?

Guiller. Mi recomendado; no le veo bien.

Susana Ni yo tampoco. ¡Valiente recomendación me has hecho! ¿No decías que servía para llevar los libros?

Guiller. Yes, lo repito; puede llevar los libros y las mesas y los armarios. Es hombre fuerte. Juega al box con mi y no está mal, no.

Susana Acabáramos. Podías haber dicho que me recomendabas a un mozo de cuerda. Le he mandado al jardín.

Guiller. ¡Oh! All right. Respirará mocho bien. Eso es sano. Mery, osté también debía escribir en él jardín, tendría osté más colores.

María Pero tener mucho color no sienta bien a las muchachas de capital. No es fino eso.

Guiller. Sí, es verdad; los colores no están bien más que en las paletas.

Susana *(Lee una carta.)* ¡Qué informales y qué groseros! Vea usted, Hernández, la casa Lebousoir, de Marsella, que se niega a la imposición de los cuarenta y nueve mil francos de Alvarez Mejilla, de Valladolid; dice que con esos señores no les da la gana negociar, así, con todas sus letras.

Hernán. *(Leyendo.)* Sí, señora; eso dice. No nos da la gana. Pero, ¡cómo! ¿Cuarenta y nueve mil francos? Creo que además de groseros están equivocados; deben ser más francos.

Guiller. ¿Más francos? Y disen que no les da la gana.

Susana Conteste usted esa carta, Hernández.

Guiller. Bueno, yo me voy.

Susana No te vayas, almorzarás con nosotras.

Guiller. ¡Oh! De ninguna manera.

Susana ¿Por qué?

Guiller. Porque tu madre me llama... ¿Cómo me llama? Estar una cosa así como un gorro muy grande.

Hernán. Gorrazo.

Guiller. No, no es gorrazo.

Quirós Gorrón.

Guiller. Eso: gorrón. ¿Qué cosa estar gorrón, señor Quirós?

Quirós Gorrón es uno que pega la gorra.

Guiller. ¿Que la pega? ¿Adónde?

Quirós Que se convida solo y que no gasta un real.

Guiller. ¿Eso estar gorrón? Yo, gorrón, y me he arruinado diez veces, y las que me arruinaría, si pudiera.

Susana No hagas caso y quédate.

(Entra por el foro con un gran brazado de flores.)

Carm. Salusiya a tos. ¡Josú! ¿Entoavía está aquí esta pajuela?

Guiller. Antipático.

Carm. Anda, después que vengo yo toa ilusioná a ponerle a usted una floresilla pa haser las pases. Venga usté acá, asaúra; verá usté qué flamenco que va usté a está. *(Le coloca una flor.)* ¿De qué coló le gustan a usté más?

Guiller. Póngame osté blanco, ser color bonito.

Carm. Blanco. ¡Verde le debía poné! Toma, Susana, ponte en el pelo ese clavelón rojo pa que tenga envidia de tu boca.

Susana Gracias, mamá.

Carm. Tenga osté, Quirós; a osté ya sé que le gustan las rosas. ¿No se llama Rosa su novia?

Quirós Una, sí.

Carm. Pues póngase esta rosa, por la que así se llama, y este clavel por toas las demás. Ahí va, Hernández. ¡Josú qué cara! ¿Está osté malo? Si lo sé le traigo a osté flor de malva. Van acá, Maruja. ¿Le pusiste el ramo a San Antonio?

María Sí, señora.

Carm. ¿Y qué, se ha portao?

María Regular, nada más.

Carm. No me lo explico; mira, ponle este otro, y como se lleguen a secá las flores antes de que te salga novio, me lo dises y negro se va a ve antes de oler una flor de mis cármenes.

María Muchas gracias, doña Carmita.

Carm. Y, ahora, a la calle, que van a da las doce y a lo mejó estáis ustedes trabajando desde las once y media.

Susana ¡Pero, mamá!

Carm. ¿No te dá lástima este hombre? ¡Josú! Cuánto número; a mí no me diga osté que no, osté se tié que hasé un lío.

Quirós *(Aparte.)* No lo sabes tú bien.

Susana Bueno, recoger; hoy se pueden ustedes marchar; no quiero desautorizar a mi madre.

Hernán. Muchas gracias. *(Mutis foro.)*

Quirós Hasta mañana. *(Idem idem.)*

Carm. Ven acá, Maruja. Pa San Antonio solo, son muchas; ponte unas cuantas en el pecho, así; hay que ayudar al santo.

María Buenos días. *(Mutis foro.)*

Carm. Da gloria ver lo contentos que van, parecen pajarillos.

Susana Como me fiase de ti, esto sería la ruina; mis empleados se van pronto y tus recomendados ni vienen siquiera.

Carm. ¡Mis recomendados! Total, ¿quiénes están aquí por mí?

Susana Seis o siete.

Carm. ¿Y te paresen muchos?

Susana Si vinieran a trabajar, no.

Carm. Juaniyo no pue venir; ya sabes el pobresiyo lo superstisioso que es, y dende que se para a vendé los cámbaros ese tío tuerto, frente a la puerta de la ofisina, le ha tomao miedo,

porque toparse con un tuerto en ayunas e de muy mala pata.

Susana Pues que almuerce antes de venir.

Carm. Resién levantao no tié ganas.

Guiller. Mi ser cuando como mejor.

Carm. Porque osté es un tragón.

Susana Bien, dejemos a Juanillo. ¿Y Manolo, el primo de la cuñada de tu cocinera? ¿Qué le pasa a Manolo?

Carm. ¿Que qué le pasa? Pues ahí es na. Que Manoliyo tendrá ahora diez y ocho años.

Susana La mejor edad para trabajar.

Carm. Quies callarte. ¡Por no me quiere enserrá a una creatura de diez y ocho años entre cuatro paredes! Cuando sea viejo vendrá.

Susana Tomillo es viejo y no viene.

Carm. Y hase bien; Tomillo, er pobre, nesesita mucho aire y mucho sol.

Susana Dejemos a Tomillo.

Carm. ¿Me vas a hablá de Pelayito?

Susana Sí, señora. ¿Por qué no viene Pelayito?

Carm. Pobresillo. ¿Te paese poco lo que le ocurre?

Guiller. ¿Qué le ocurre?

Carm. Que es un apasionao de Bermonte y a lo mejó tié que salí de su casa sin comé ni na por no perdé er tren pa verle toreá. Cuando se fué a Lima Bermonte, le piyó a Pelayito sin dinero y se quiso ir nadando, pero no sabía.

Guiller. ¿Y qué haser Pelayito aquí?

Susana Aquí, nada.

Guiller. ¡Ah! ¿Ya ha aprendido?

Susana Lo que yo te digo es que todo esto es intolerable; me estás desmoralizando a mis empleados. Si por ti fuese, la casa Staventson hubiera quebrado y nosotras nos veríamos en la miseria: yo de mecanógrafa en cualquier oficina y tú por ahí a fregar suelos.

Carm. ¡Niña, niña, altito ahí! Pare usted el carro. ¿Fregar suelos yo? ¿Pero quién te has creído tú que es tu madre? Pues poquita repajolera grasia que tie tu madre pa ganarse mu requetebién la vida echando las cartas y disiendo la buenaventura.

Susana Parece mentira que digas esas cosas.

Carm. Lo que parese mentira es ve a una mosita tan juncal y tan presiosa como tú aquí encarselaíta toa la vía entre estas cuatro paredes. Aquí te va a marchitá como una floresi-

lla sin sol y sin aire. ¡Pobresita hija de mis entrañas que se me va a morí de iterisia, verdesita como una lechuga y pegá a una pisarra! Pero qué malito garlochi tendría er charrán que inventó los números. Zeñó, si no hasían farta, teniendo lós deos pa contá. Lo que tú debes hasé es dejarte ya de números y viajá y divertirte y enamorarte.

Susana ¡Basta! Sigue tú con tus costumbres, que yo no te las quito, ni me importan; pero te advierto que no te consentiré que te mezcles, ni poco ni mucho, en los negocios de la casa. Mis empleados trabajan lo que es necesario; de forma que no te inmiscuyas en esto. ¡Ah! Y si no te acercas a la oficina, te lo agradeceré mucho. *(Mutis izquierda.)*

Carm. No me asercaré, no, señora. ¡Desagradesía! Y to porque me duele que trabaje tanto.

Guiller. Bueno, ¿cuándo comer aquí?

Carm. En cuantito osté se vaya.

Guiller. Yo estar invitado.

Carm. ¿Dónde?

Guiller. Aqui.

Carm. ¿Hoy también?

Guiller. Yes.

Carm. Yes, es que sí, ¿verdad?

Guiller. Yes.

Carm. Bueno, pos es usté un desahogao.

Guiller. ¿Yo?

Carm. Yes. ¿Por qué no se trae usté la cama? Ni que esto fuera un Colegio y estuviera usté de medio pensionista; a ve si pa el mes que viene se pue usté quedá ya de interno.

Guiller. Mi ya no querrer ser invitado.

Carm. ¿Se va usté?

Guiller. Me voy.

Carm. Me alegro, porque nos han mandao de Seviya dos cajas de polvorones de esos que le gustan a usté tanto...

Guiller. ¿Haber polvorrones?

Carm. Das cajitas na más.

Guiller. Entonces yo seguir invitado.

Carm. Ya lo sabía yo. ¿Quiere usté que antes de almorsá nos tomemos unos cuantos con unas cañitas de mansaniya?

Guiller. Siertamente que quiero.

Carm. Pos pa luego es tarde, y eso que osté, en cuanto le dan dos cañas, no sabe lo que se

pesca. Ande osté p'allá. *(Mutis izquierda.)* *(Aparece foro el CRIADO; se detiene, se inclina y deja pasar a FEDERICO. Detrás pasa el Criado.)*

Criado Tenga el señor la bondad de esperar un momento. *(Mutis izquierda.)*

(Federico se acerca al bureau de Susana, coge una revista y la ojea sin fijarse realmente. La deja y se va al foro, donde se detiene un momento mirando al jardín. Vuelve al bureau, coge el portarretrato con la fotografía de Susana y la examina distraídamente al principio, después se fija más y frunce el ceño, como queriendo recordar y como preguntándose: ¿Dónde diablos he visto yo a esta mujer? En este momento aparece SUSANA por la izquierda y se detiene sorprendida al observar a Federico, que está de espaldas a ella, examinando su retrato. Brevísima esta pausa de Susana, que dice en seguida.)

Susana ¡Señor Conde!

Fede. *(Volviéndose rápidamente.)* ¡Ah! Ya decía yo.

Susana ¿Qué es lo que usted decía?

Fede. Que no me era desconocida esta mujer; pero cuando la conocí era casi una niña. Fué hace cuatro años, en este mismo despacho. Y a todo esto, perdóneme usted, señorita, por no haberla saludado; me sorprendió usted en pleno delito de curiosidad... No compaginaba yo bien a la niña aquella con la mujer de este retrato.

Susana Se varía mucho en cuatro años; es decir, según, porque yo le encuentro a usted igual; usted no ha variado nada.

Fede. ¿Me recordaba usted?

Susana Perfectamente; pero siéntese usted, soy una gran fisonomista. De muy pequeña he ido yo conociendo a todos los clientes de mi padre, y cuando mi padre murió y me puse al frente del negocio, no ha sido preciso que me los presentasen.

Fede. La felicito a usted por ese don.

Susana A usted le recordaba muy bien; mejor que a casi todos, tal vez que a todos.

Fede. ¿De veras? ¿Y a qué debo el honor de esa preferencia?

Susana No sé. Sin duda me impresionaron las primeras palabras que le oí a usted.

Fede. No recuerdo.

Susana Venía usted del Japón; había usted naufragado en el golfo de Adem y usted le contaba a mi padre el suceso; a lo largo de la conversación, mi padre le llamó a usted loco, calavera, libertino. ¡Qué se yo! Dijo horrores de su vida, de sus aventuras, de no se qué escándalos, de un desafío en que le hirieron a usted. Hojeaba yo un libro de Walter Scott para disimular, pero me enteraba perfectamente.

Fede. ¡Ah!

Susana Y todo esto, sin duda, me impresionó. A los diez y seis años las mujeres tenemos una imaginación novelesca; se llamaba usted Federico, es un nombre de novela, y era usted conde. Un conde libertino, que derrochaba su fortuna en amoríos y juegos y que se desafiaba con el marido de una dama; esto era mucho más novelesco aún. ¡Qué tontería! ¿verdad? Pues ¿y el naufragio? ¡Oh! El naufragio era el complemento: me le imaginé a usted debatiéndose con las olas.

Fede. ¿Y luciendo el chaleco salvavidas?

Susana No, sin chaleco, es más heroico. ¡Ja, ja, ja! Me da risa recordarlo. A los diez y seis años se piensan unas tonterías, ¿verdad?

Fede. ¿Y a los veinte?

Susana A los veinte, no; al menos yo, no. Es tan distinta la vida leída que vivida; ahora ya no me parece usted la excepción, el hombre divertido que se gasta su dinero alegremente, es un tipo muy usual. Desafiarse, no tiene importancia; los hombres suelen usar su destreza para dirimir las cuestiones. Unos, cruzan sus espadas en un salón: otros, cruzan las navajas en una taberna o se enredan, sencillamente, a puñetazos. Es el mismo fundamento, aunque la forma sea distinta.

Fede. Todo eso es vulgar, sí, convengo en ello. ¿Pero y el naufragio, señorita? ¿Qué peros puede usted ponerle al naufragio?

Susana El naufragio, ¡oh! eso es vulgarísimo. ¡Si naufragan hasta los de tercera!

Fede. Sí, es cierto; no se les puede eliminar. En un momento así, no hay clases.

Susana Naufraga mucha gente, mucha, y algunos hasta se ahogan.

Fede. ¡Qué lástima!

Susana Que se ahoguen, ¿verdad?

Fede. Que no tenga usted todavía diez y seis años.

Susana ¡Oh! no, prefiero los veinte; así conozco la vida.

Fede. Por eso es una lástima; es una gran decepción llegar a descubrir la verdad, que la vida es una página de prosa vil y que, entre nosotros, no hay seres de novela o de ensoñación, sino vulgarísimos tipos afectados de todas las miserias y movidos por todas las pasiones. No crea usted que fuera mejor seguir teniendo siempre diez y seis años.

Susana ¡Ptchs! ¡Quién sabe! Pero estamos divagando y perdiendo el tiempo. ¿Su visita?

Fede. Sí, es verdad mi visita es lo importante. Visita de negocios.

Susana Pues usted dirá.

Fede. En primer lugar, deseo saber la cantidad que tengo impuesta en esta casa; lo que me resta, vamos.

Susana Inmediatamente. *(Va al estante, saca un libro, vuelve con él, lo coloca sobre su bureau y lo ojea de pie y con una rodilla sobre el sillón.)* Segura... Sepúlveda... Serrano... aquí está. Sierra Negra, Conde de, 1.375.584.

Fede. ¿Ese es el total?

Susana No, hay que sumar los intereses del último semestre; es cosa fácil. *(Se sienta y suma.)* ¿Fuma usted?

Fede. Sí, señorita.

Susana Aquí hay cigarros, entreténgase.

Fede. ¿Y usted fuma?

Susana También. *(Federico coge dos cigarrillos, ofrece uno a Susana, que lo coge con la boca.)* Gracias. *(Federico le aproxima el encendedor y ella enciende sin quitarse de la boca el cigarro.)* Gracias.

(Silencio. Ella hace que multiplica; él, con un codo apoyado en el sillón, mira por encima del hombro de ella.)

Fede. Ese 4,24, ¿qué es?

Susana El interés anual.

Fede. ¡Ya! *(Pausa.)* Y ese 29.162,38, ¿que es?

Susana El interés de seis meses.

Fede. ¿Y eso se suma?

Susana Al capital, sí, señor. *(Pausa. Ella examina de arriba a abajo.)*

Fede. ¿Me permite usted que la diga una cosa?
Susana Dígala.
Fede. Que tiene usted un cabello preciosísimo.
Susana No es feo, pero ese no se suma.
Fede. Claro que no. Si se sumara, sería mucho mayor el interés, porque no es usted nada fea: los ojos, la boca, el cabello...
Susana El total...
Fede. El total, es encantador.
Susana El total es 1.404.746,38. Usted dirá qué más desea.
Fede. Deseo disponer de ese dinero.
Susana ¿De todo?
Fede. Con el millón me basta.
Susana ¿Cuándo?
Fede. Quisiera, como favor especial, que me librase usted del plazo de aviso.
Susana Se hará. Como es cantidad importante, le daré a usted varias letras para casas distintas.
Fede. Perfectamente.
Susana Sobre Madrid, ¿no es eso?
Fede. No, sobre Barcelona. Voy de viaje y no paso por Madrid.
Susana ¡Ah! Va usted de viaje. ¿Muy lejos?
Fede. No, a la Costa Azul.
Susana ¿A Niza?
Fede. A Montecarlo.
Susana A Montecarlo. ¡Pobres letras mías! ¡Qué mal fin van a tener!
Fede. No augure usted mal, señorita; puede ser que juegue, pero jugar no es imprescindible. Voy a Montecarlo, como podría ir a San Sebastián, a Ostende o a Vichy. Voy a distraerme.
Susana Sí, ya comprendo; es usted el mismo de hace cuatro años, aquel a quien reñía mi padre.
Fede. No tengo enmienda: soy un hombre despreocupado porque creo que en la vida no hay nada trascendental.
Susana ¿No cree usted en nada?
Fede. Al contrario, creo en todo; pero relativamente, y es que considero un absurdo hacer de una cosa efímera y transitoria, como es nuestra vida, un conjunto de cosas definitivas. ¿No le parecería a usted absurdo convertir en eternos los minutos, si minutos caben sesenta en una hora y una hora es un relámpago?
Susana No sé. Tiene usted una manera de discurrir...

Fede. Un poco rara, ya lo sé. Pero así vivo yo, gustando todas las alegrías rápidamente, como si aspirara el aroma de una flor, amando rápidamente, que las mujeres son también flores de nuestro jardín; a mí me entusiasman las flores de todas las estaciones y de todos los países. Claveles, de Granada; crisantemos, del Japón; rosales, de Alejandría; azucenas y jazmines, de Valencia; flores exóticas, de la India... ¡qué sé yo!, de todas me gusta el aroma.

Susana Me asusta pensar que un hombre que se acercara a mí tuviera esas ideas. Que si me quisiera fuese así. ¡Transitoriamente! ¡Oh! ¡Qué palabra más antipática! Pero no será, no; en el jardín que yo viva no habrá más rosa que yo, y el hombre que se mire en mis ojos no podrá ya mirar otros ojos que los míos.

Fede. Envidia tengo ya del dueño del espejo. Usted sí encontrará el hombre que la quiera toda la vida; yo no encontraré la mujer, porque tampoco yo sé amar así. Ve usted si son hermosos sus ojos, pues aunque quisiera yo mismo, no podrían vencerme.

Susana Si mis ojos quisieran vencer, vencerían. *(Pausa. El la mira fijamente.)*

Fede. Si fuese usted una mujer de otra clase, haría con usted una apuesta; pero con usted... con usted no puede ser.

Susana Yo apostaría sin miedo.

Fede. Son muy peligrosos estos juegos.

Susana Juegos que no temería usted, si yo fuese una mujer casada.

Fede. ¡Susana! *(Pausa. Los dos se miran un momento; ella no puede contener la mirada de él y aparta sus ojos poco a poco.)* ¿Por qué baja usted ahora la vista?

Susana Porque...

Fede. ¿No decía usted que eran sus ojos invencibles?

Susana Sí... lo dije... pero ahora no puedo luchar... ¡Ah! ¡Si yo fuese una mujer de otra clase!

Fede. Pero no sé cuándo tienen sus ojos más peligroso encanto, si cuando quieren vencer o cuando se dejan vencer. Míreme usted. Así, porque si unos ojos como esos... *(Apartando los ojos en una transición brusca.)* ¿Quiere usted darme las letras, señorita?

Susana Aquí están. ¿Quiere usted firmar el recibo?

Fede. Con mucho gusto.

Susana Pero ¿a qué esta prisa ahora, señor conde?

Fede. Esta prisa... esta prisa es... que tiene usted unos insondables como el mar, y como el mar peligrosos, y yo no quiero volver a naufragar, porque hemos quedado en que eso es vulgarísimo. Señorita, a los pies de usted.

Susana Beso a usted la mano. *(Mutis rápido. Susana sigue con la vista a Federico. Después coge el recibo y lo guarda. Coge el libro de depósitos y lo coloca en su sitio. Todo esto despacio, maquinalmente, como recogida en sí misma y preocupada por otra idea distinta, se apoya en el respaldo del sillón, la cabeza inclinada sobre el pecho; de pronto se yergue enérgica y altiva y dice.)* ¡Vencerme! ¿A mí, a Susana Staventson? Lo veremos. ¡Comience el juego!

Carm. ¡Pero, niñita!

Susana *(Como despertando de un sueño.)* ¿Qué quieres?

Carm. No paso pa que me lo agradezcas, como has dicho. ¿Pero es que quieres que te mandemos aquí er pucherito?

Susana Pasa, pasa tú también, Seymour.

Guiller. ¿Qué cosa ocurre?

Carm. ¿Qué te pasa, niña?

Susana Que tienes razón, que lo he pensado mejor, que estoy rendida, agobiada de tanto trabajo y quiero descansar, respirar un poco el aire libre. Más aún: quiero casarme.

Carm. ¡Ole mi niña! A divertirnos, iremos de juerga. Ya está dicho. Dejaré a Hernández al frente de la oficina y nosotros emprenderemos un viaje.

Guiller. Mi tiene mucha pena, mi quisiera llorar mocho, porque no puedo separarme de ostedes.

Susana Tú vienes con nosotras.

Guiller. All right. Mi no tener ya pena.

Carm. ¿Y adónde vamos? A Sevilla, ¿verdad? Tomaremos el sol, iremos a los toros...

Susana Pero en los toros tomaremos sombra.

Guiller. ¡Vamos a Montecarlo!

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

Hagámonos la ilusión de hallarnos en Montecarlo. La escena representa una terraza en el Casino; el techo es un magnífico tejido de hojas y flores, entre las que se ocultan luces rojas, blancas y verdes. Al foro, una balaustrada corpórea. La terraza da sobre el mar, que se confunde a lo lejos con el horizonte; se ven algunas luces de las villas que orlan la costa. Primero y segundo términos, rompimientos. El conjunto del decorado debe respirar un ambiente de serena poesía. Repartidos por la escena hay varios veladores y silloncitos de mimbre. Es de noche. El Camarero sirve el café; los hombres saborean cigarros habanos y las mujeres egipcios. Ellos visten de frac y ellas de soirée.

Carola (*Al Camarero.*) Ponme más azúcar, hombre.

Gastón Eres incorregible, Carola. ¿Cuándo vas a hacerte cargo de que el café es enemigo del azúcar?

Carola ¿Y cuándo vas a convencerte de que nunca podría yo ingerir una taza de café amargo? ¡Uf, que asco!

Marg. ¿No sabes que Carola es muy golosa? Ayer, en el almuerzo, se hizo servir ocho veces puding.

Gastón Me han asegurado que en todas tus cuentas de restaurant hay una partida que dice: «Golosinas, tanto». ¿Es verdad esto, Carola?

Marcel. Eso no lo sabe ella.

Marg. Eso lo saben los que pagan las cuentas.

Gastón Lo que es rigurosamente cierto es que en una ocasión tuvo amores con un fabricante de bombones.

Carola Exacto. Y es el único hombre a quien he querido de veras.

Marcel.	Muy lógico, tendría un carácter muy dulce.
Marg.	Para hombre dulzón, ese inglés que no hace más que comer caramelos cuando juega.
Carola	No me he fijado. ¿Quién es?
Marcel.	Ese a quien acompaña su mujer, una española, preciosísima criatura, por cierto, y su suegra, una señora extravagante.
Carola	¡Ah! ya sé, lord Seymour. Son compañeros de hospedaje, viven en el mismo piso que yo en el Hotel París; pero no sabía que fuera un hombre tan acaramelado.
Gastón	Pues se nota a simple vista; no hay más que verle al lado de su mujer.
Marcel.	Pues la verdad; es que más parece marido de la suegra.
Ino.	¡Garsón, garsón!
Marg.	¿Qué te pasa, hombre?
Ino.	¿Pero estáis aquí?
Carola	Creemos que sí.
Ino.	¡Pues no os he buscado ni nada!
Gastón	¿Para qué?
Ino.	Pues para cenar; estamos ahí cenando varios amigos, pero una cena que es algo así como un banquete heliogabalesco. Haceos la cuenta que ha resucitado Trimalción.
Marg.	¿Quién era Trimalción?
Carola	Algún acaparador.
Ino.	Con que pasad, que aún es tiempo.
Marg.	¿Obsequias tú?
Ino.	Banquete y obsequiar yo. ¿Cuándo me habéis visto veinte francos juntos?
Carola	Nunca.
Ino.	Cuando los tengo me los juego y no acierto. Hace un momento tenía un luis; pues bien, entre el vermut y los ordubres hice una escapada a la ruleta y puse el luis al diez y siete.
Marcel.	Y salió el treinta y cinco.
Ino.	El diez y ocho. Pero eso no importa; si tuviera otro luis haría otra escapada entre los ordubres y la omelette.
Carola	Bueno. ¿Pero quieres decir quién es el anfitrión?
Ino.	¿Quién va a ser? El conde de Sierra Negra.
Marg.	¡Cómo! ¿Nuestro gran Federico? Vamos allá.
Ino.	Pasad, pasad.
Gastón	Vamos.

Ino. ¡Garsón, garsón! A ver esa omelette avec les esparrágues.

Todos ¡Ja, ja, ja!

Gastón ¡Qué bien habla el francés este hombre! *(Todos mutis derecha.)*

(Entrando y sentándose en un velador de la izquierda.)

Carm. Aquí estaremos mejor. Hase una noche delisiosa.

Guiller. Ciertamente, ser noche buena.

Carm. Noche buena. Que te crees tú eso.

Guiller. Nosotros tomar algo, ¿verdad?

Carm. Desde luego, yo estoy abrasá; en esa sala de recreo hase una caló...

Charles Poder tomar un cap de fruta.

Carm. No está mal eso. Di que lo traigan aquí; pero mu fresquito, mu fresquito.

Guiller. Mi pedir también unos sanwich. Cuando mi juega mi come. ¡Garsón!

Charles Mi compatriota, lord Guillermo, ser el jugador más frío que mi haber visto.

Carm. Sí es fresquillo, sí

Charles Cuando juega, parece no ser suyo el dinero.

Carm. *(Aparte.)* (Como que es mío. Este inglés diquela un rato.)

Charles E com que serenidad decir ocho, nueve.

Carm. Cuenta muy bien, sí, señó.

Charles ¿Cuánto haber ganado hoy, lord?

Guiller. Mi no haber contado.

Carm. (Yo sí.)

Charles Seguramente haber pasado de los quinientos mil francos.

Guiller. ¡Oh! No.

Carm. ¡Oh! Sí. Solamente ese conde de Sierra Negra ha perdido trescientos mil. A propósito, dame er dinero, no quiero que entres otra vez y te pongas a jugar y se nos haga de día.

Guiller. Ahí va.

Carm. ¿Está todo?

Guiller. Todo.

Carm. *(Aparte.)* (Es la tersera puñalá que se da hoy, y ésta debe haber sido de gravedad.)

(Sale, llevando la servilleta prendida al cuello.)

Ino. He tenido una corazonada irresistible; al comerme el tercer plátano, jugarme al tres un luis de pleno y otro luis al cero: al tres, por

ser tres los plátanos que llevaba ingeridos al sentir la corazonada, y al cero, por haberme pillado con cero al cociente *(Sacando los forros del bolsillo del chaleco.)* pero me falta el luis del cero y el luis del tres. *(Viendo a un Camarero, que vendrá en dirección contraria y llevará una bandeja en cada mano.)* Este me salva. Fermín.

Cam. Mande el señor.

Ino. ¿Qué llevas ahí?

Cam. Pues aquí lubina Maître-Hotel y aquí mero Luis XV.

Ino. Hombre, a propósito de Luis XV. ¿Tú no tendrías ahí quince luises, verdad?

Cam. No, señor.

Ino. Pero dos sí tienes; dos luises los tiene aquí cualquiera.

Cam. Menos usted.

Ino. Yo no soy cualquiera, Fermín.

Cam. Es cierto; perdone el señor.

Ino. De nada. ¿Pero dónde, dónde llevas esos dos luises que han de abrirme las puertas de la felicidad?

Cam. Aquí, en el bolsillo del chaleco.

Ino. ¿A la derecha conforme se sube? No te molestes, yo mismo iré en su busca. *(Sacándolos.)* Ya están aquí. Gracias. Fermín; luego te los devolveré.

Cam. ¿Con los dos de ayer?

Ino. Es cierto, sí, con los dos de ayer. Mira, lo mejor es que se los pongas en la cuenta al conde de Sierra Negra. Donde dice postres, añades: «Golosinas, cuatro luises». Le echaremos la culpa a Carola.

Cam. Señor, la servilleta.

Ino. Es verdad. *(Se guarda la servilleta en el bolsillo del pantalón.)*

Charles Verdaderamente, el juego es de una emoción grandísima; para unos, ser placer inmenso; para otros, ser grande pena. ¿Osté, cuando juega, qué siente?

Guiller. Mi siento que doña Carmita estar delante.

Carm. Naturalmente.

Guiller Mi la ve sufrir mientras mi juega.

Carm. Nada de eso. Estoy tranquilísima; no ves que yo sé que tú no puedes perder ni un séntimo.

Charles Cierto; lord Seymour tener gran suerte y esta vez no cumplirse el refrán; pues ser doble-

mente afortunado en juegos y en amores. Su esposa ser bellísima.

Carm. Muchas gracias por la parte que me toca.

Guiller. Esta noche haser estupendo calor; mi tener gran sed. *(Come.)*

Carm. O te equivocas o a ti se te quita la sed con jamón.

Guiller. Mi no haber terminado, gran sed e gran hambre.

Carm. ¡Ah! ya.

Charles Mañana haber gran partido de tennis. Supongo irán.

Carm. ¡No faltaba más! ¡Ya lo creo!

Guiller. ¿Quiénes juegan?

Charles Se disputan la gran copa del Sporting Club, miss Prink y lady Crooquer.

Carm. ¿Quién cree usted que ganará?

Charles A mí gostarme Crooquer.

Guiller. A mi Prink.

Charles ¡Oh! Haber diferencia. Crooquer ser un gran delantero.

Guiller. Prink tener un saque maravilloso.

Carm. Para saque el tuyo; no has dejado ni un sandwish.

Charles Ganará Crooquer.

Guiller. Ser posible. cuando osté decir eso. Míster Charles ser campeón de tennis.

Carm. Yo creí que el campeón era míster Broon.

Charles No, siertamente; el campeonato ser mío hacer cuatro años. Míster Broon tener ganadas ciento cuarenta copas; mi tener ciento cuarenta y dos.

Guiller. Osté tener entonces dos copas de más.

Charles Yes.

Carm. ¿Quiere usted acompañarme a buscar a Susana? Estoy intranquila.

Charles Encantado.

Carm. Tú esperas aquí.

Guiller. Yes.

Charles All right.

Guiller. Goond nait.

Carm. ¿Eso último que ha dicho, ha sido a mí?

Charles A los dos; ha dicho buenas noches.

Carm. De modo que buenas noches es gu-nait.

Charles Yes.

Carm. Pos mire usté, yo creí que era otra cosa, porque hace días que lord Guillermo y yo no

nos llevamos bien. Por si acaso es otra cosa, yo se lo digo. Gu-nai. *(Mutis izquierda.)*

Guiller. Esta doña Carmita ser terrible; hacerse acompañar siempre porque mi no le pida dinero; saber más que míster Lepe, míster Lepijo e su hijo. Mi ser inaguantable el calor. ¡Garsón! Más sandwish

Ino. *(Que vuelve muy triste.)* Ni ha venido el cero, ni ha venido el tres; ha venido el treinta y cinco; la culpa es mía por no haberme comido treinta y cinco plátanos. ¡Hombre, el inglés que le ha ganado a Federico! A éste le saco yo unos francos. Buenas noches, lord.

Guiller. Excelentes.

Ino. ¿Se toma el fresco, eh?

Guiller. Yes.

Ino. La nochecita está de primera, ¿eh?

Guiller. Yes.

Ino. *(Cogiendo un sanwish.)* Esto parece jamón.

Guiller. Yes.

Ino. Y es, ya lo creo.

Guiller *(Deteniéndole.)* Pero esto ser por mí; yo invitar a osté si osté gustar; mí poder pedir otros.

Ino. No, gracias; le había cogido maquinalmente; no tengo ganas, acabo de comer unos espárragues periques de Aranjuez. de premiere. A mí no me achica éste con su idioma.

Guiller. All right.

Ino. All right, sí, señor. ¿Por lo visto le gustan a usted los sándwish?

Guiller. Estos, no; mi gostar más otros que haser especiales por mí.

Ino. ¿Especiales?

Guiller. Yes; ser al revés de éstos; los otros tener dos capas de jamón e una de miga solamente.

Ino. No estarán mal, no, señor.

Guiller. E mi estar pensando en otros sin capa de miga, tres capas de jamón e andando.

Ino. Tres capas y andando: la axfisia.

Guiller. Mi haber terminado de refrescar e mi irse, caballero. Good bay.

Ino. El caso es que yo tenía que decirle una cosa.

Guiller. Poder desir cuanto guste, mi espera. ¡Garsón! Mi traer más sandwish, tres dosenos.

Ino. ¡Tres docenas! Con el dinero que le ha gana-

do a Federico se mantiene dos meses nada más.

Guiller Ostè desir: mi oye ya.

Ino. Sí, señor, y mientras siga usted refrescando...

Guiller. All right.

Ino. Yo quería proponerle a usted un negocio.

Guiller. Será malo.

Ino. ¡Malo!

Guiller. Yes; negosios buenos, haserlos uno; negosios malos, haserlos otros.

Cam. Perdone el señor.

Guiller. ¿Qué hay?

Cam. Me dicen de la cocina pregunte al señor si piensa venir mañana, para no acostarse y seguir haciendo emparedados.

Guiller. ¡Ah! yes; mañana mi venir también.

Cam. Entonces tendrán que velar.

Ino. A pesar de ser un gran negocio, se lo proponía a usted porque soy altruista.

Guiller. Altruista. ¿Qué cosa ser altruista?

Ino. Como si dijéramos una especie de primo alumbrado.

Guiller. Mi entiende menos eso de pariente alumbrado.

Ino. No se canse usted, no lo entenderá, pero el negocio es de primera; pero se necesita algo de dinero y por eso...

Guiller. No se canse osté entonces; mi ser también primo de esos con luces; mi estar dos velas.

Ino. ¿No hay pasta?

Guiller. Ni linda.

Ino. *(Aparte.)* (Este inglés parece a veces de la calle del Bastero.) Pues siento que no tenga usted dinero, porque se trataba de una martingala para la ruleta que iba a ser el acabóse.

Guiller. ¿El acabose el dinero?

Ino. El de la banca, sí, señor.

Guiller. Mi no entender la ruleta, no poder ver jugar nunca; mi querer seguir con la vista el bolito e acabar hecho un trompo.

Ino. Es una lástima que no lo entienda; con quince mil francos podíamos hacer diez salidas a caballo.

Guiller. ¿Nosotros salir a caballo? ¡All right! Esto ser bueno, abrir apetito.

Ino. Mire usted, sobre los caballos encarnados...

Guiller. ¡Alto ahí! Tomar pelo, no; mi no haber visto nunca caballos encarnados.

Ino. En la ruleta, sí; el veintisiete y treinta, por ejemplo, es caballo encarnado.

Guiller. ¡Ah! Bien mi entiendo ya.

Ino. Pues jugando diez veces sobre esos caballos, no hay salto.

Guiller. Mi no gustar entonces; caballos que no saltan, no ser buenos.

Ino. *(Aparte.)* Me parece que el lord éste me está tomando la cabellera.

Guiller. Mi no entender bien, ¿sabe?

Ino. No hace falta entender. Usted da ahora los quince mil francos y yo le doy a usted veinte mil todos los días.

Guiller. ¿Osté no engañarme?

Ino. ¡Lord!...

Guiller. Bien; aquí estar los quince mil francos; pero mi advertir ser difícil engañarme; osté no jugar si mi no está delante.

Ino. Desde luego; verá usted qué negocio; dentro de dos meses el Casino de Montecarlo es una fonda de tres pesetas. Voy a hacer el tanteo para empezar mañana. *(Hace números.)*

Guiller. Está bien; haga el tanteo, pero no tontee. Osté no jugar sin estar mi delante.

Ino. Descuide. *(Aparte.)* Cualquiera le da mico a este tío.

Guiller. *(Haciendo mutis.)* Veinte mil francos diarios no ser mal negocio; al mes seiscientos mil; al año... bueno, al año, mi estar como un globito.

(Salen por la derecha, con gran alegría.)

Pierr. ¡Aquí, aquí!

Lolo Eso, en la terraza.

Marcel. Que sirvan aquí el champán.

Fede. ¡Garson! ¿Qué champán queréis?

Unos Moet.

Otros Clicot.

Otros Pomery.

Fede. Tiene mayoría el Clicot. Si me permitís, voy yo mismo a encargar que nos sirvan aquí el magnífico vino de nuestra estimada amiga la viuda del pobre Clicot, que en paz descanse. Ahora vengo.

Ino. Qué gran hombre es este Federico.

Pierr. ¿Le conoces hace mucho tiempo, Inocencio?

Ino. No te digo que le haya visto nacer, precisa-

mente; pero el gorro de cristianar fué obsequio mío.

Marg. Yo le conocí en Varsovia. Por cierto, que me pareció inglés.

Ino. Es español: de Madrid, del mismísimo Madrid, como yo; pero su alma es cosmopolita; habla siete idiomas; seis más que un servidor, porque un servidor, a fuerza de recorrer Europa, ha olvidado su lengua madre y no ha aprendido las demás. Sólo un poquito de francés para el uso diario, pero muy poquito.

Gastón Sí; ya lo sabemos, esparragués.

Todos ¡Ja, ja, ja!

Ino. Federico se vanagloria de que su alma no tenga Patria, y así unas veces se divierte en francés y otras piensa en alemán y otras siente en español y otras ama como un turco.

Carola ¿Y es realmente muy rico?

Ino. Federico, es millonario. Hijo único de los condes de Sierra Negra, huérfano a los veintitrés años, dueño de casi toda una provincia de Andalucía, figuraos si será o no inmensa su fortuna. Puedo, además, deciros...

Fede. Deja que lo diga yo.

Ino. Estábamos haciendo el inventario de tu fortuna.

Carola Inocencio dice que eres inmensamente rico.

Fede. Nadie mejor que yo lo sabe, y os lo voy a decir. ¿Quién me da un cigarro?

Marcel. Yo mismo.

Fede. Vosotros sabéis que yo no sirvo en la vida más que para vivir gozando todas las alegrías. Ser como yo soy es no servir para nada útil, según dicen las gentes, y en esto no tienen razón.

Ino. No la tienen, no, señor.

Carola Yo creo que sí.

Fede. Te equivocas, Carola; un hombre de mi clase es necesario; son necesarios muchos hombres de mi clase. Por nosotros. querida Carola, el dinero que nuestros antepasados reunieron en unas cuantas manos, se desparrama, generoso, en miles de manos; desciende a los criados que nos sirven, a los obreros que para vosotras fabrican sedas, pieles, esencias y joyas. Muchas veces me ha consolado de mi ociosidad la idea de que algún día dinero

mío habrá llegado a un hogar humilde en una noche en que no tuvieran allí pan, ni luz, ni calor. En ese momento, mi dinero vicioso se tornaba santo al recibir la bendición de algún alma más pura que la mía. En fin, que viviendo así realizamos una obra justa: devolver al mundo lo que nuestros antepasados tomaron de él.

Gastón Esa teoría es francamente revolucionaria.

Marcel. Bolcheviquista.

Carola Me han asegurado que otro Conde, un tal Tolostoy, dijo algo parecido.

Ino. Sigue, Federico; desprecia a estos ignorantes.

Fede. Tenía, pues, la obligación de devolver al mundo lo que mis antepasados le habían arrebatado, y haciendo los oportunos cálculos fijé en quince años el plazo de la restitución.

Marcel. Pero ¿y después, desventurado, qué va a ser de ti?

Fede. Realizada mi obra, el destino ya me señalaría el final o la ruta.

Ino. Entonces has gastado ya un tercio de tu fortuna.

Fede. Más. Durante cuatro años, mis cálculos salieron bien; pero desde hace unos meses se precipitó la marcha. He jugado mucho, perdiendo casi siempre; y un hombre frío que es mi sombra, ese lord Guillermo Seymour, ha sido mi ruina. Le conocí hace tres meses en esta misma ciudad, y en una sola noche me ganó trescientos mil francos. Al día siguiente partí de Montecarlo.

Pierr. ¿Dónde fuiste?

Fede. A Baden Baden. Quise cambiar de ambiente.

Gastón Y nuestro hombre, ¿qué fué de él?

Fede. Dos días después me invitaba en Baden Baden a un wisky y a hacer el sexto en una fuerte partida de pocker; al rato me levanté sin un céntimo.

Ino. Pues hiciste el quinto.

Fede. Desde aquel momento he hallado a ese hombre en todas partes; me ha retado a todos los juegos, ganando siempre con una suerte jamás vista: en Baden Baden, en Ostende, en San Sebastián, en casi todos los Casinos de media Europa.

Gastón Eso es terrible; yo le hubiera pegado un tiro.

Fede. No, porque hace tres meses, ese hombre me perseguía a mí; pero desde hace dos meses le persigo yo a él.

Lolo Esto es un rompecabezas.

Ino. Explícate.

Fede. Es muy sencillo; que ese hombre tiene una esposa encantadora, una mujer que me entusiasma, que me enloquece.

Ino. Comprendido.

Fede. Pues bien; ¿sabéis cómo estoy de cuentas en este momento con el mundo?

Todos Veamos.

Fede. He gastado toda mi fortuna; hoy he perdido cuanto tenía, y, además, lord Seymour me invitó a seguir jugando, y he perdido doscientos mil francos bajo mi palabra. Y como no tengo dinero qué gastar, considero cumplida mi misión en la tierra. ¡Esta noche me pegaré un tiro!

Todos ¡Ja, ja, ja!

Gastón ¡Señores, qué tomadura de pelo!

Carola Intolerable.

Ino. No hay derecho a invitarnos a comer para colocarnos después fantasías chinas.

Marcel. Eso es un capítulo de Montepein.

Ino. La verdad es que este Federico tiene una imaginación juliovernesca.

(Suena la orquesta.)

Carola Vamos a bailar.

Pierr.
Marg.
Lolo } Sí, vamos.

Carola Conde, ¿quieres bailar?

Fede. Ahora no; pero resérvame un vals; este futuro cadáver quiere dedicarte el último vals de su vida.

Todos ¡Ja, ja, ja!

Marg. Es gracioso este hombre.

Gastón Verdaderamente gracioso.

Todos Graciosísimo.

(Mutis izquierda.)

Ino. ¡Ja, ja, ja!

Fede. ¿De qué te ríes?

Ino. Del camelito que les has largado a esos. ¡Ja, ja!

Fede. ¿Pero no lo crees? ¡Me mato esta noche!

Ino. ¡Ju, ju, ju!

Fede. Basta; estoy hablando en serio.

Ino. ¿En serio que te matas? Júramelo por tu vida.

Fede. No tengo un céntimo, Inocencio.

Ino. ¿Pero es cierto que estás arruinado?

Fede. Ciertísimo.

Ino. ¿Pero lo del tiro?

Fede. Lo del tiro es inevitable. Es que no hay ya nada en la vida que me sonría; sólo esa mujer, pero...

Ino. ¿Tanto te gusta?

Fede. No sé si me gusta; no sé si esto que me empuja a ella es cariño o un infinito deseo de venganza contra su marido, causante de mi ruina...

Ino. Pero dime; ¿ella te corresponde?

Fede. ¿Lo sé acaso? No puedo hablar con ella; lord Seymour debe estar celoso, porque nos espía, nos acecha, y no me ha sido posible cambiar con ella tres palabras sin que llegase el marido o la madre a cortar nuestra conversación.

Ino. ¡Vaya con el maridito ese! Pues sí que es pelmazo.

Fede. Con los ojos la he dicho ya... ¡qué sé yo! Llevo tres meses hablándola con la mirada.

Ino. ¿Pero y ella?

Fede. ¡Oh!, tiene unos ojos acariciadores, Inocencio; cuando me mira encuentro hermoso todo lo que me rodea, y juego a encarnado y no me disgusta si gana el negro.

Ino. ¿Pero te mira?

Fede. Mucho.

Ino. ¡Ah, pues si se tima contigo, ya es algo!

Fede. ¡Hablarla! Yo necesito hablarla. Mira, se me ocurre una idea; busca esta noche a lord Seymour, distráele, juega con él, llévatelo a paseo en auto.

Ino. ¿Adónde?

Fede. Adonde tú quieras; mi coche tienes abajo.

Ino. Descuida, que yo te salvo. Como Seymour se decida a entrar en el auto, tuya es la noche, porque lo más cerca que se apea es en Algeciras.

Fede. O en el infierno, me es igual.

Ino. Pues mientras haya gasolina, el campeonato de resistencia es nuestro. Además, que lord Seymour es mi esclavo.

Fede. ¿Cómo tu esclavo?

Ino. Tengo aquí quince mil francos suyos; este dinero va a ser el cebo. ¡Inglesitos a mí! Lord Seymour caerá en la trampa.

Fede. Pues ya lo sabes, en ti confío. Vamos.

Ino. Te protegeré. *(Mutis derecha.)*

Susana Aquí se está bien, se respira; me agobia la atmósfera de los salones.

Carm. Dises bien, hija; está esa sala que parese el puesto de los calentitos.

Susana Pues tú te pasas ahí las horas muertas.

Carm. Me distrae ver jugá; se ve ca tipo. ¡Qué de superticiones, qué de azares! El juego debe volvé loca a mucha gente.

Susana A mucha, sí.

Carm. Mira tú, hay ahí uno que no le debían dejá andá suelto; el pobre tie la manía de que no gana como no le queme con el sigarro al que tie al lao. Sin saberlo, me puse ayé a su vera, y mira qué roncha me hizo; pero yo le metí un alfilé hasta la cabesa.

Susana Te pondría de vuelta y media.

Carm. No; ni se quejó siquiera; no hizo más que preguntarme si tenía ese asar; se creyó que me pasaba a mí con el alfilé lo que a él con el pitillo. Hay otra señora mu feílla ella y mu gorda ella, ¡bueno!; esa se muere en la sala el mejó día; en cuanto coge el croupié la bolita, se aguanta el resueyo y no respira hasta que canta el número; hay uno que lo sabe y arrea la bolita con tal fuersa, que hay veses que tarda dos minutos en caé; excuso desirte, con lo gorda que es y sin respirá dos minutos, se ahoga un día. Manías que hay.

Susana ¿Y gana?

Carm. ¡Qué ha de ganá; esa pierde hasta la respirasión! Hay otro, ¡bueno!, ese es pa matarle. ¿Tú te has fijao en uno mu calvo, mu calvo, con barba rubia y que cojea mucho al andá y que siempre va disiendo: ¡Qué mala pata tengo, qué mala pata tengo!?

Susana Sí, me he fijado; lleva siempre una cara de dolor.

Carm. No ha de llevá, señó.

Susana ¡Pobre cojo!

Carm. Si no es cojo, mujé; si es que pa ganá se pone un garbanso entre er carsetín y la bota.

Susana ¡Qué atrocidad!

Carm. Me ha dicho un camarero que le ha visto, que tie er talón como un palillero, to agujereao.

Susana El juego atonta, embrutece.

Carm. Y espabila, hija. ¿Tú sabes ese mudo que se sienta siempre a la derecha del que paga? Pues anoche habló.

Susana ¡Mamá, por Dios!

Carm. Como lo oyes. Vió que se llevaban un dinero que era suyo y se puso de pie diciendo: Mío, mío. Y sin ir más lejos, ahí tienes a lord Guillermo; dende hase die minutos me ha preguntao lo menos veinte veses si he visto jugar a uno en un caballo colorao, ¡tú verás!; entrá a caballo en esa sala, y colorao. ¡Está pa que lo ensierren!

Susana Con algo que ahí pasa y con tu fantasía...

Carm. ¿Crees que exagero? Mira, ahí tienes al del garbanzo.

Susana ¿Qué, se desquitó por fin?

El Gar. ¿Desquitarme? Sesenta mil francos me cuesta el día. *(Cojeando.)* ¡Qué mala pata tengo, qué mala pata tengo! *(Mutis.)*

Carm. Ahí le tienes. Voy a ver si encuentro a lord Guillermo. *(Cojeando y mutis.)* ¡Qué mala pata tengo, qué mala pata tengo!

Fede. *(Ve a Susana y se acerca por detrás del sillón y la dice.)* ¿Huye usted de los salones?

Susana ¡Hola, señor Conde! Sí, no respiro bien allí. tanta luz, parece que me quema las carnes; y luego aquel gentío, que se estruja alrededor de las mesas; gentes de todos los países y de todas las razas, que vienen aquí en peregrinación constante, como si esto fuese Lourdes.

Fede. Es igual; por fe van a Lourdes unos, y por fe vienen otros aquí. La fe es una y se pone en Dios, o en el amor, o en el juego, o en todo esto al mismo tiempo. Los que van a Lourdes llevan el ideal de ganar la salud; los que vienen aquí traen el ideal de ganar el dinero; aquéllos tienen fe en la Virgen; éstos en la ruleta. Son milagros de la fe, señorita

Susana Señora.

Fede. Perdone usted; no acierto a llamarla así.

Susana ¿Estuvo usted esta tarde en el concierto?

Fede. No.

Susana Estaría usted jugando. ¡Qué lástima! Ha sido magnífico, cantó Patrowsky; canta bien ese ruso.

Fede. No sé; no he tenido tiempo de oirle.

Susana Lo comprendo; todo su tiempo es para jugar.

Fede. Y para seguirla a usted.

Susana ¿Cómo, me sigue usted?

Fede. Querrá usted decirme que no lo ha notado. Ayer la seguí a usted a los jardines de San Martino; iba usted con él, como siempre; me da ira verla a usted siempre con ese hombre.

Susana Es mi marido.

Fede. Sí, lo sé; pero... pero si ayer hubiese usted ido sola... ¡Son tan hermosos los jardines de San Martino! Ayer tuve un momento de felicidad, cuando usted, apoyada en aquel balcón de piedra, puso sus ojos en el mar inmenso y luego en mí.

Susana ¿Y eso le hizo a usted dichoso?

Fede. Porque recordé haberla dicho una vez que eran sus ojos peligrosos como el mar, creí que usted recordaba esto, y si usted lo recordaba, había una inteligencia entre nosotros.

Susana Pues no recuerdo. ¿Cuándo me dijo usted eso?

Fede. ¡Oh, me desespera usted, señorita!

Susana Señora.

Fede. Es cierto. Perdóneme otra vez.

Guiller. Susana. ¡Oh, buenas noches, señor Conde!

Susana ¡Ya era hora! ¿Dónde te has metido?

Guiller. Es... maldita suerte. Estoy media hora encontrando a un hombre y no le veo bien. ¿Qué, señor Conde, talla osté esta noche?

Fede. No, lord Seymour; ya no juego más.

Guiller. Hoy.

Fede. Nunca.

Guiller. ¡Oh! Eso estar mucho discreto; pero mi entender que es tarde si es cierto lo que he oído.

Fede. ¿Qué le han dicho a usted?

Guiller. Que estaba osté arruinado.

Fede. ¿Y teme usted que sea cierto?

Guiller. Yes. Mocho lo temo.

Fede. ¿Por los doscientos mil francos que le debo a usted? Tranquilícese; en la casa comercial de su esposa me resta el dinero preciso para que liquidemos.

Guiller. ¡Oh, osté no conoce a mí; si conocerme, esto

estaría ofensa! Siento por osté la ruina; mi no hubiera jugado fuerte con osté; pero mí no sabía; y conste, señor Conde, que no tengo recordado si osté me debe algo.

Fede. Yo sí me acuerdo.

Guiller. Susana, ¿vamos?

Susana Sí, vámonos.

Fede. Pero, ¿cómo tan pronto?

Ino. *(Cruzando la escena.)* Good nay, lord.

Guiller. ¡Oh, ahora sí le veo bien! ¡Eh! Míster... mis quince mi lfrancos, míster... *(Mutis tras él.)*

Susana Pero Guillermo...

Fede. Déjelo usted, ya volverá. Por desgracia para mí, volverá; pero siquiera que pueda yo hablar con usted un momento.

Susana No, señor Conde; evitemos esta conversación.

Fede. ¿Por qué? ¿Qué miedo tiene usted?

Susana Miedo, no.

Fede. Entonces... Susana... Déjeme usted que la nombre así. Susana, porque así la nombro a usted siempre con el pensamiento, porque así pronuncio yo siempre su nombre, despacio, muy despacio, poniendo un beso en cada sílaba, mordiendo cada letra.

Susana Déjeme usted, yo se lo ruego.

Fede. Si es que yo necesito decirla a usted que hace cuatro meses tuve miedo de que mi alma naufragase en sus ojos, y hoy... hoy no lo puedo evitar ya.

Susana ¿Por qué lo evitó usted aquel día?

Fede. Porque es mi sino tan cruel, que no sé el valor de las cosas hasta perderlas; no he conocido el valor del dinero hasta ahora, que estoy en la ruina, y no he conocido lo que usted suponía para mí hasta hoy, que es usted de otro. Pero yo me rebelo contra ese sino, y si no tengo valor para robar el dinero, no quiero que me falte para conseguirla a usted aunque el conseguirla sea un robo y yo un ladrón.

Susana No, no, no puede ser.

Fede. ¿Pero es posible que esté usted enamorada de ese hombre? Hable usted, diga usted la verdad.

Susana No.

Fede. ¿Y por qué se casó usted con él? *(Susana vacila en contestar.)* La verdad, Susana.

Susana Me casé... me casé... por... ¡Oh, no; déjeme usted marchar!

Fede. *(Deteniéndola.)* Por piedad, Susana, un minuto, hablen nuestras almas un minuto, aunque no nos volvamos a ver más si es preciso.

Susana Sea.

Fede. ¿Por qué se casó usted con él?

Susana Por usted.

Fede. ¿Por mí?

Susana ¡Cómo mentía yo al decir que no eran mis veinte años tan soñadores como aquellos diez y seis que habían hecho de usted su ideal, más soñadores aún! ¡Si usted supiera qué angustia la mía al saber que nunca, nunca sería yo la rosa única de su jardín, que yo era para usted como esas pobres amapolas que crecen solitas en el campo sin que nadie las cuide ni nadie las recoja! El mundo entero se desplomó sobre mí, y entonces... no sé... por ira, por despecho... por vehemencia de mi alma... por locura de mi mente... ¡qué sé yo por qué!, acepté la boda. Y ahora, ahora que pensar en usted es un pecado y quererle un delito, ahora es cuando usted me dice que me quiere. Torpe de usted, que así confundió siempre su camino en la vida, perdiendo fortuna y corazón, y el mío también, que yo en usted lo puse y por culpa de usted ya no sé si tengo corazón.

Fede. *(Pausa. Acercándose quedamente y diciendo.)* Susana.

Susana No, por Dios; déjeme usted.

(Hablándola al oído.)

Fede. No, que ahora que conozco tu alma, imposible es que me deje quitar lo que me pertenece.

Susana ¡Por piedad!

Fede. Te quiero, Susana; te quiero de tal forma, que todos mis cariños fundidos no alcanzan a este cariño de hoy.

Susana ¡Calla! Es imposible... no... es imposible.

Fede. Nunca ha habido imposible en el amor; las almas están por encima de leyes y prejuicios. Huyamos muy lejos, que ya que perdí neciamente la vida, soy fuerte ahora para salvar nuestras dos vidas juntas.

Susana Déjame. ¡No puedo más!

Fede. ¡Susana! *(Se inclina hacia ella, poniendo un beso en sus cabellos.)*

Susana ¡Federico!

Fede. ¡Susana! ¡Mi Susana!

Susana No puedo más... ¡sea!, sí. ¡Tuya! ¡Tuya!

Fede. ¡Mi Susana! ¡Al fin! Huyamos.

Susana No, ahora no; por Dios, déjame.

Fede. ¿Dejarte? No; vámonos.

Susana No, ahora no; mañana, Federico.

Fede. ¿Mañana, dónde?

Susana A las seis, en San Martino; pero vete, vete ya.

Fede. ¡Susana, Susana!

Susana ¡Vete! *(Federico la besa en las manos y hace mutis. Susana marca una notable transición y dice mientras su cara se baña de alegría.)* ¡Por fin!

Carm. ¡Niña!

Susana *(Abrazando a su madre.)* ¡Madre! ¡Por fin! He ganado la partida. ¡Ya es mío!

Carm. ¿Se tragó el ansuelo hasta er gasnate, no?

Susana ¡Me quiere! Pero si tú supieras qué difícil es llorar a la fuerza. ¡Me quiere!

Carm. Pues ahora lloras...

Susana Sí, pero ahora es de alegría.

Carm. ¿Entonses estamos listos, ño?

Susana ¡Listos! Mañana, en el primer expreso, a España.

Carm. ¿Pero y el Conde?

Susana ¿El Conde? Déjalo. ¡El vendrá! Ya verás, madre, ya verás cómo ahora sí que viene. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



Acto tercero

La misma decoración del acto primero. En el bureau del centro estará doña Carmita, hablando por teléfono; el traje vistoso y las flores que lucía en el acto primero las ha substituído por un guardapolvo. Lleva gafas, y mientras trabaja demuestra gran actividad. Maruja, la mecanógrafa, escribe en su máquina como si estuviera haciendo regatas y quisiera ganar. Quirós sigue enfrascado en sus números y Hernández está en todas partes: de su mesa al estante y viceversa, consulta libros, toma notas. Tomillo, un viejo empleado, escribe en un gran libro.

Carm. *(Al teléfono.)* Sin falta, sí... descuide usted. La casa Staventson tiene la formalidad por divisa.

Pelayito *(Entrando.)* Doña Carmita...

Carm. Calle osté un momento. *(Al del teléfono.)* No, no es a osté. Osté pué hablá; ha sío un quiripro cuo. *(A Hernández.)* ¿Se dice así, verdad, Hernández?

Hernán. Sí, señora.

Guiller. No, señora. Desirse un quiriquiprocuo.

Carm. Pues si no lo ha entendío que le eche la curpa ar teléfono. *(Hablando de nuevo.)* ¿Cómo? ¡Ah, sí, desde luego; er lunes sin farta saldrán de Fuensalud las veinte mil toneladas! De nada... Beso a usted la mano. *(Hace grandes reverencias.)* Adiós. ¡Josú! Este ruidito der teléfono me pone a mí más nerviosa que tocá un melocotón sin pelá. *(A Pelayito.)* Bueno, ya pué osté hablá. ¿Qué quiere usted?

Pelayito Pues er caso es que se me ha orvidao.

Carm. Lo que se le ha orvidao a usté es que aquí

se entra a las nueve y esto no puede seguí así, señó Pelayito; una hora que viene usté más tarde y otra hóra que se va usté más temprano, son dos horas diarias que se fuma usté, y al mes se fuma usté sesenta o setenta y dos, según er mes que sea, y al año se fuma setecientas veinte, y este año se fumará usté dos más porque es bisiesto, y esto es mucho fumar ¡canastos! De modo que a trabajá y que no vuelva a ocurrí.

Pelayito El caso es que ya me acuerdo a lo que venía.

Carm. Pues dígalo.

Pelayito Pues venía a pedir a usted permiso para irme y no venir mañana... ni pasao... ni al otro. Tengo que ir a Sevilla.

Carm. A ver torear a Bermonte, ¿verdad?

Pelayito A Juanito, sí, señora: torea mañana ganao de Miura en la Monumental. Bueno, va a quedar por las nubes, como queda siempre. Mire usted, la semana pasada, en Cádiz, estuvo para comérselo; le soltaron un toro que era un ladrón, ¡qué toro! Bien de libras, corniapretao, un poco gacho del izquierdo, reparao de la vista, jabonero sucio.

Guiller. No diga usté eso, Pelayito: ese jabonero de ahí abajo da gusto verlo.

Pelayito Me refiero al pelo de los toros, lord Guillermo.

Carm. ¡Ah! Ya habéis hecho ustés otro quiriprocuo.

Pelayito Bueno, pues na más verlo, se acercó a él y ¡qué faena hizo! Cogió la muleta con la izquierda.

Guiller. ¡Ah! ¿Es zurdo?

Pelayito Ca, no, señor. ¡Qué va a ser zurdo! Es que con la izquierda es más difícil: se fué al toro y le tomó así. *(Une la acción a la palabra. Al empezar a torear, los demás, excepto María, dejan su trabajo y acaban jaleándole.)*

Todos Bien.

Guiller. ¡All right!

Pelayito Luego le dió dos naturales seguidos.

Todos ¡O... lé!

Pelayito Uno en redondo.

Guiller. ¡Ol... rai!

Pelayito Otro ayudado. ¡Olé!

Carm. Se acerca usté mucho, Pelayito.

Pelayito Y por último, uno de rodillas. *(Queda arrodillado delante de doña Carmita.)*

Guiller. Levántese osté, Pelayito, y que le den el oido.

Pelayito No me levanto hasta que doña Carmita no me dé permiso pa ir a Sevilla.

Carm. ¿Me jura usté que será la última ve?

Pelayito Sí, señora; se lo juro por la salud de mi madre.

Carm. Me lo tié usté que jurá por la salú de Bermonte.

Pelayito Se lo juro también, sí, señora.

Carm. Pues levántese y a trabajar.

Pelayito ¿No hay permiso por última vez? Pero doña Carmita, misté que el pobre Juan lo va a sentir muchísimo, qúe está acostumbrao a verme a la vera der mozo de estoques y que en cuanto que no me vea va a tené mu mala tarde.

Carm. Que se corte la coleta. A trabajar todos, que ya ha terminao la corrida. ¿Terminó usté ese asiento, señor Tomillo?

Tomillo Estoy con él.

Carm. ¿Pero todavía está usté así?

Tomillo Tengo yo más prisa que usted, doña Carmita. Llevo dos horas de pie delante de este libro; ya ve usted si tendré prisa.

Carm. ¿Por qué?

Guiller. Porque hasta que terminé el asiento, no púedese sentar.

Carm. ¿Y esas cartas, Maruja?

María Eran muchas; no me he movido ni un momento de aquí.

Carm. Es verdad; tú eres la única que no has venido a los toros.

María En estos treinta días últimos he escrito un horror. Mire usted qué biceps tengo de darle a la máquina.

Carm. ¡Es verdad! Eres la primer taquimecanógrafagrecoromana que he visto. ¡Josú! y que cosa más difísil he dicho: mequitaquigráfi... ¡ca! No me vuelve a salí; las cosas o salen de sopetón o no salen. A propósito, señor Quirós. ¿Le ha salido ya esa cuentesita?

Quirós No, señora; como no me salga de sopetón como a usted lo de la luchadora taquimecanográfica...

Carm. A usté la pasa que de tanto machacá se le orvida el ofisio.

Quirós Y que lo diga usted; el mejor día se me ol-

vida. Ayer estuve lo menos diez minutos sin acordarme cómo se hacía el cuatro, con lo fácil que es un redondelito y ya está.

Guiller. El del redondelito es el cero.

Carm. ¡Señor Quirós!

Quirós Es verdad, usted perdone. *(Dándole un papel.)* Aquí está la estadística que usted me encargó.

Carm. Agosto, trescientos; Septiembre, trescientos treinta y ocho. ¿Esto es de este año?

Quirós Del mismo.

Carm. Es incomprensible. El año anterior, con menos obreros y jornales más chicos, se sacó un cuarenta por ciento más de mineral. Esta gente no debe hincar el pico con ganas; habrá que girar una visita.

Guiller. *(Aparte.)* Se han caído; como vaya, hincan el pico de verdad.

Criado Señora, ahí fuera está una Comisión de obreros

Carm. ¡Los mineros! A buena hora llegan y a pedir más jornales, como si lo viera.

Criado Creo que sí, señora.

Carm. Pues van a ir apañaos. *(Mutis izquierda.)* *(Al salir doña Carmita, todos dejan el trabajo.)*

Quirós ¡Oh! Esto es intolerable.

Hernán. Sí, señor; no se puede aguantar.

Pelayito No se puede sufrir.

María No se puede, no.

Tomillo Yo no he acabado el asiento, pero me voy a sentar.

María Desde que la señorita Susana ha abandonado la oficina, no se puede estar aquí .

Hernán. Trabajamos como negros.

Guiller. Es verdad; ostedes trabajar como negros e doña Carmita ponerles verdes.

Hernán. Se impone la huelga.

María O una protesta enérgica.

Pelayito No; por las malas, no. Hay que tener mucha mano izquierda; hay que irse a doña Carmita y trastearla.

Guiller. Trastearla. Ella puede que le tire los trastos a la cabeza a osté.

Susana *(Por el foro, vestida de amazona.)* ¿Están ustedes de tertulia?

Hernán. Comentando, señorita, lo mal que va la oficina desde que usted no la dirige.

Susana Trabajan ustedes mucho, ¿verdad?

María Muchísimo.

Pelayito Y sin un momento de respiro pa ver a Juan. Yo estoy desesperao, señorita.

Susana Tienen razón; por hoy, basta; recojan todo y a la calle.

Todos ¿De verdad?

Susana De veras; a la calle, a tomar el sol, a respirar el aire.

Pelayito Yo no me voy. Aquí amarrao al potro, aquí a trabajar como un negro azabache. ¡Qué me importa a mí la calle, ni el sol, ni el aire! ¡Maldito sea!

Susana ¿Qué te pasa a ti, Pelayito?

Pelayito ¿A mí? ¡Maldito sea!

Guiller. ¿Qué quieres que le pase? Juan.

Susana ¿Juan?

Guiller. Yes, Juanito.

Pelayito Sí, señorita; el pobresito Juan, que torea mañana en Sevilla y doña Carmita no me deja ir a verlo.

Susana ¡Cómo! ¿No es más que eso? Yo te doy permiso.

Pelayito ¿De veras, señorita?

Susana Ya está dicho.

Pelayito ¡Qué buena es usted! ¿Me da usted permiso ya, de paso, pa que me alargue a Jerez, que torea allí Juan el jueves?

Susana Sí, hombre: y si el viernes torea en Algeciras, te alargas también.

Pelayito Gracias, señorita.

Todos Vamos. Adiós.

Quirós Oye, me vas a tener que decir el nombre de un torero bueno.

Pelayito ¿Pa qué?

Quirós Pa apasionarme y seguirle a toas partes a ver si acabo ya de hacer números.

Guiller. ¿Dónde has estado?

Susana He ido a caballo hasta la Umbría. Es un paseo delicioso.

Guiller. Mucho delicioso: la carretera estar llena de polvo, el sol abrasar la cara, no haber un árbol; delicioso.

Susana No voy yo a la Umbría por la carretera. Fuí por la orilla del río.

Guiller. ¡Oh! Esto estar peligroso.

Susana Ya sabes que el peligro me encanta; me gusta poner mi caballo al galope por el borde

del acantilado; abajo ruge el agua, una pisada en falso del caballo puede hacerle rodar al fondo y estrellarse contra las piedras.

Guiller. Un día mi estrellarse.

Susana Tú, ¿por que?

Guiller. Mi ser desesperado; tu madre estar insoportable. ¡Ah! ¡Si viviera míster Staventson! ¿Por qué se moriría este hombre? Estuvo un gran estúpido muriéndose. Mira, Susana, mi creo que debes encargarte otra vez del negocio.

Susana No tengo entusiasmo, Seymour. Mi cerebro y mi alma y mi vida no están aquí.

Guiller. Comprendido. Tú haber perdido todo eso en Montecarlo. ¡Yes! En Montecarlo pierde todo el mundo.

Susana Yo perdí, por tonta.

Guiller. Yes. Todos estamos tontos cuando jugar.

Susana Creí que esta vez ganaba del todo. Sabiendo que el conde de Sierra Negra no podía dejarse vencer por un amor fácil, sin zozobras ni obstáculos, le ofrecí una aventura peligrosa. De ahí nuestro fingido matrimonio. Lady Seymour había de ser para el conde mucho más interesante que Susana Staventson a secas; sabiendo que mientras fuese rico no se le podría regenerar, te hice jugar con él y arruinarle, y logré mi anhelo: le oí decir que me quería y tuvieron sus labios, al decirlo, acentos de verdad. ¡Me quería!

Guiller. Mi estuvo haciendo el ridículo.

Susana Eso no; yo no era tu mujer.

Guiller. Para la gente, sí.

Susana ¡Me quería! Pero su cariño ha sido de un momento. ¡Tonta de mí que pensaba verle llegar en mi busca apasionado y rendido!

Guiller. Recuerda que tú decir en el hotel que íbamos a Italia.

Susana Sí; quise dejar tras nosotros una pista, pero una pista falsa, para que se interesara más, para que corriese media Europa buscándome y con el pensamiento puesto en mí.

Guiller. ¡All right! Teniendo una pista había corrido bastante.

Susana No; me ha olvidado. Ha vuelto a su vida de locura y desenfreno; lo sé todo. Tuvo una buena noche en que con mil francos levantó

medio millón. Lo han dicho los periódicos de Niza, porque esa gran jugada fué acompañada de un formidable escándalo. Nuestro conde se escapó a Suiza con la esposa de un príncipe japonés. No, no me quiere. ¡Es un infame!

Guiller. ¡Y tú estar queriéndole!

Susana No, ya no. ¡Le odio! Le quise porque acariciaba la idea de hacer de él otro hombre distinto; pero eso es imposible y ya no le quiero.

Guiller. Mentiro.

Susana Le odio, te digo; no podría perdonarle jamás. Si viene...

Guiller. ¡Oh! Tener que venir, tener que liquidar con mi.

Susana Pues si viene no quiero verle; que liquide su cuenta, que te pague su deuda y que se marche pronto a continuar su vida libertina y escandalosa. Yo voy a continuar la obra de mi padre y a defender la casa. Esa es mi vida.

Guiller. ¡Pobre Susana!

Susana ¡Bah! Todo esto no tiene importancia. No tienen importancia las cosas del alma. En fin, Seymour, voy a cambiar de ropa. *(Mutis.)*

Guiller. No tener importancia, no; pero... pero... ¡Mi tener mocha pena!

Ino. *(Por el foro, vestido de minero, con un pico en la mano.)* Buenos días.

Guiller. Mocho buenos. ¿Qué busca osté?

Ino. Yo no puedo más. *(Sentándose de golpe.)* Como siga así cinco días, me puede usted ir encargando las esquelas.

Guiller. Mi sentirlo por osté e alegrarme por mí. Si osté morir, mi cobrar el seguro de quince mil francos que mi haber hecho sobre su vida; si osté vivir, mi cobrar también, porque mi quedarse con su sueldo.

Ino. ¿De modo que mi vida le importa a usted un rábano?

Guiller. Mi no saber qué cosa es rábano.

Ino. Rábano es un entremés.

Guiller. ¡Ah! Yes; mi ya entender; ser un pepinillo colorado; mucho que comprendo; pero osté estar equivocado; mi no importarme su vida un pepinillo. ¡Oh, no! Mi importarme quince mil francos que osté deber a mí; e quince mil francos ser mochos pepinillos.

Ino. Bueno; yo no le debo quince mil francos, porque desde que llegamos de Montecarlo, no he parado ni un día de trabajar, y de todos los empleos y colocaciones que he tenido, a mi mano no ha llegado ni un céntimo.

Guiller. Ni llegará, mientras no estar en paz.

Ino. ¿Y aún le debo mucho?

Guiller. Ciertamente; osté trabajar poco.

Ino. Poco... A eso no hay derecho, míster Seymour. ¡Yo soy un hijo del trabajo!

Guiller. Yes; osté ser un hijo del trabajo, pero osté estar reñido con su padre. Al llegar de Montecarlo, mi boscar a osté un empleo de tenedor de libros, e osté estar tenedor sólo cuatro días.

Ino. No me gustó aquello y en seguida vi que los libros no me tiraban, y lo dejé porque con el genio que tenían los jefes, comprendí que acabarían tirándome los libros.

Guiller. ¡A la cabeza!

Ino. Sí, señor; pero dejé la teneduría, y con el fin de no serle a usted gravoso, entré a formar parte de aquella compañía de circo que debutó en Granada.

Guiller. Yes; pero en el circo hizo osté el tonto; a los dos días lo despidieron a osté.

Ino. Naturalmente; como que dije que era un gran equilibrista y así que me pusieron en el alambre me fuí al suelo de cabeza; además, me daban tres pesetas y no merecía la pena estrellarse por doce reales.

Guiller. La culpa ser suya; osté deber decir que con tres pesetas poderse hacer pocos equilibrios.

Ino. No se me ocurrió; pero no estuve ni un día de más.

Guiller. Cierto; en seguida se hizo osté de esos, ¿cómo llamarse esos que corren con petróleo?

Ino. ¿Automóvil?

Guiller. ¡Oh, no! Corredor de aceite mineral.

Ino. Sí, señor; pero me daban tan poca comisión...

Guiller. Que se cansó osté de correr y a los dos días parado otra vez, y por vago ni ganó dinero como tenedor, ni hizo carrera en el circo, ni le lució el petróleo.

Ino. Pero ahora no puede usted quejarse; desde que estoy de minero en la Estrella, gano un gran jornal.

Guiller. ¡Ah, yes! La Estrella ser una mina.

Ino. Sobre todo para usted, que cobra sin trabajar; y a propósito, ¿cuánto se ha desquitado ya de los quince mil francos?

Guiller. ¡Oh! Poca cosa; aquí tengo la nota. Tenedor... tres duros.

Ino. ¿Sólo tres duros?

Guiller. Tres, solamente... Del circo, nada... El aceite, nada.

Ino. Eso ya lo sabía.

Guiller. E como minero estar bien; llevar ganados sesenta y dos duros.

Ino. ¿De modo que a cuánto asciende el todo?

Guiller. El todo a sesenta y cinco. Tres duros del tenedor y sesenta y dos de la mina. Siga osté así y desquitarse pronto.

Ino. Sí, pero no va a poder ser.

Guiller. ¿No?

Ino. No; porque acabamos de declararnos en huelga.

Guiller. Mejor; porque así osté trabajar por todos y mi cobrará más y liquidar antes.

Ino. Eso no puede ser.

Guiller. Será; además, ostedes no poder ganar huelga, ser injustos, tener buenos sueldos.

Ino. Sí, señor, y nosotros no pedimos más sueldos.

Guiller. ¿Y qué querrer entonces?

Ino. Queremos que las herramientas sean de cuenta de los accionistas, porque tenemos que pagarla nosotros y cuestan un dineral; ya ve usted este pico, le he comprado aun no hace ocho días y ya no sirve para nada.

Guiller. Eso es ser otra cosa. ¿Osté qué gana?

Ino. Ocho duros.

Guiller. ¿Y osté querrer ocho duros y pico?

Ino. Si, señor.

Guiller. Mi creer que doña Carmita mandar a ostedes a paseo.

Ino. Ojalá; a mí me parece eso de primera.

Guiller. Pero a mí, no; osté ganar buen sueldo y a mí convenirme que osté trabajar mocho. Si osté dejar la mina, mi tiene pensado hacerle torero.

Ino. ¿Torero yo?

Guiller. Yes; torero ganar mocho e osté pagarme a mi.

Ino. Pero si yo no entiendo de toros.

Guiller. Mi enseñar a osté.

Ino. ¿Usted?

Guiller. Yes. Ser cosa fácil; sale un fabricante de jabón sucio, osté coger muleto con mano izquierda e osté irse al toro e tomarlo así. *(Imita a Pelayito.)* Le da osté dos naturales. Dígame ¡olé!, si no mi no se anima.

Ino. ¡Olé!

Guiller. Se estima. Luego osté darle uno en redondo.

Ino. ¡Olé!

Guiller. Otro con ayuda...

Ino. Ayudado, dirá usted.

Guiller. Ser igual con ayuda que ayudado, e por último se pone osté de rodillas...

Ino. ¿Para darle otro pase?

¡Oh, no! Para pedirle que no le haga mocho daño. *(Se arrodilla en actitud suplicante.)* Ser cosa fácil; osté será torero.

Ino. ¡Que se cree usted eso!

Guiller. Entonces mi pegar a osté un tiro en la cabeza. Osté poder elegir entre el tiro o el toro.

Ino. Me hace usted dudar.

Guiller. Mi que osté no dudaba porque osté sabe dónde le va a dar el tiro, pero no sabe dónde le va a dar el toro.

Ino. Le advierto a usted que el sitio me es igual. Me va a doler de todos modos.

Guiller. Si osté no atreverse a torear, osté poder hacer de don Godofredo.

Ino. Dirá usted de don Tancredo.

Guiller. Ser igual.

Ino. Eso ya es más fácil; lo pensaré.

Guiller. Para pensarlo tiene osté dos días; hoy ser lunes. O el domingo torea osté en Granada, o el otro lunes está osté en el sarcófago.

Ino. ¡Vaya un porvenir que me espera! Enterrao o por las nubes. Bueno, voy a ir pensándolo. *(Mutis foro.)*

Guiller. Mi pensar con osté; mi no se fía; osté a mi no dar más micos. *(Mutis siguiendo a Inocencio.)*

Fede. *(La misma entrada del acto primero. Federico viste esta vez de americana, como en el acto primero. Dice el.)*

Criado Tenga el señor la bondad de esperar un momento. *(Y hace mutis primera izquierda.)* *(Federico se acerca al bureau y coge el re-*

trato de Susana, que mira un instante. Después lo deja y pasa hacia la derecha.)

Carm. Señor conde.

Fede. ¡Oh, señora! ¿Está usted bien?

Carm. No me va malamente, no, señor. ¿Y usted, acabó ya de perderlo todo?

Fede. Ya no juego.

Carm. ¿Se ha curao osté der visio? Me alegro.

Fede. Sí, señora. En cuanto me quedé sin dinero, me curé.

Carm. Pues que siga usté así muchos años.

Fede. ¿Sin dinero?

Carm. No, hombre; curao.

Fede. ¡Ah, ya!

Carm. Bueno, pero siéntese osté. *(Se sienta.)* Y osté dirá.

Fede. ¿Cómo?

Carm. Que usté dirá... Su visita...

Fede. ¡Ah!, no. Mi visita no es particular, y aparte el honor de haber saludado a usted, mi presencia aquí no se relaciona más que con su hija: es visita de negocios.

Carm. Pues mismamente por eso le preguntaba yo, señó. Porque ahora soy yo quien está al frente de la casa. ¿Sabe usté?

Fede. ¿Usted?

Carm. La mismita que viste y calsa, sí señó.

Fede. ¿Pero y Susana, está enferma?

Carm. ¡Ca, no, señó! Pero tiene ahora otras preocupasiones. Desde que se casó, sabe usté, no está la pobresiya pa haser números. Conque usté dirá...

Fede. Le diré a usted... Mis asuntos en esta casa son muy antiguos; yo mismo no los recuerdo bien. No puedo tratarlos más que con Susana; con Susana, que los conoce al dedillo.

Carm. También yo me lo sé a usté ar dediyo. Su cuenta es facilísima.

Fede. Se equivoca usted, señora. Hay unos depósitos desde tiempo inmemorial, un sin fin de intereses, unas acumulaciones muy distintas de otras acumulaciones, qué sé yo... Mi cuenta es complicadísima... complicadísima... Debe usted hacer venir a Susana.

Carm. Pero si too eso es la cosa más sencilla del mundo. Va usté a ve.

Fede. Va usted a ver cómo armamos un lío de dos mil demonios.

Carm. Aquí está. Depósitos.

Fede. ¿Ve usted?

Carm. ¿El qué?

Fede. ¿Le basta a usted con ese libro para encontrar mi cuenta?

Carm. Claro es.

Fede. Pues ahí tiene usted, la última vez que estuve aquí, su hija necesitó éste y éste y éste y este otro y aquél de allí arriba y ese otro de ahí abajo...

Carm. Y tres o cuatro más que mandó traer de fuera, ¿no? Pues yo con éste na más me entiendo. Usté lo verá. Aquí está. Sierra Negra. ¿No es usté Sierra Negra?

Fede. Sí, señora; Sierra Negra.

Carm. Pues aquí tiene usté su cuenta. Con fecha de hase poco más de un mes, tié usté un sardo a favó de trescientas siete mil cuatrocientas cincuenta y cinco pesetas y dos céntimos.

Fede. ¡Ja, ja, ja!

Carm. ¿De qué se ríe osté?

Fede. ¿Ve usted? Lo que yo decía. No es esa mi cuenta. A punto fijo, no sé la cifra; pero mi saldo... mi saldo... no puede bajar de un millón.

Carm. ¿Un millón?

Fede. Sí, señora.

Carm. Me parese que ese millonsejo lo ha soñao usté.

Fede. No, señora; estoy seguro; pero eso no lo sabe nadie más que Susana. Desengáñese usted, ¡Susana!

Carm. Pues Susana no pué vení.

Fede. ¿Cómo?

Carm. Que no pue vení. Me ha dicho antes que la disculpe osté.

Fede. ¿Eso ha dicho?

Carm. Eso mismito. Y como estoy segura de que su sardo es éste, voy a darle a usté un cheque por esa sifra.

Fede. ¿De modo que Susana no quiere recibirme?

Carm. Na de eso, señó; es que está un poco maluchа, ¿sabe usté?

Fede. No quiere verme. Esa mujer me va' a volver loco.

Carm. Aquí tiene usté er cheque.

Fede. Ahora me resta liquidar con lord Seymour. ¿Quiére usted hacerle llamar?

Carm. Ahora mismo. *(Toca timbre.)* Menuda alegría que le va osté a dá. *(Al Criado.)* Lord Seymour, que venga en seguida, le espera el señó conde de Sierra Negra. Adió, señó Conde. ¿A Susana la disculpa osté, verdad?

Fede. Sí, sí, señora. Dígala que... que la comprendo... y que la disculpo.

Carm. Pues adió.

Fede. Adiós, señora.

(Hay un momento de pausa. Federico se pasea agitado y nervioso. Entra foro. Lord Guillermo.)

Guiller. ¡Oh, señor conde! Tanto gusto.

Fede. Felices, lord Seymour. Perdóneme usted lo que me he retrasado en liquidar nuestra cuenta.

Guiller. ¡Oh! No hay de qué.

Fede. Las deudas de juego tienen su plazo; pero como yo tenía un depósito en esta misma casa, consideré que esta garantía me relevaba de toda precipitación.

Guiller. ¡Oh, yes! Muy justo opinión.

Fede. Pues bien. ¿Quiére usted decirme cuánto le debo?

Guiller. Doscientos mil francos.

Fede. Pesetas, pesetas, lord.

Guiller. ¡Oh, yes, pesetas! Los francos estar hoy a sesenta y siete, es mocho fácil, verá osté qué fácil. *(Haciendo números.)* Ya está. ¡All right! Me debe osté trece millones cuatrocientas mil pesetas.

Fede. ¿Cómo? A ver.

Guiller. Aquí está; mire osté mismo.

Fede. Bueno; pero separe usted esos dos ceros.

Guiller. ¡Oh, yes, es verdad! Ya no me debe osté tanto.

Fede. Ciento treinta y cuatro mil pesetas.

Guiller. ¡Qué lástima! Esos dos ceros me han hecho una ruina. Mi tiene mocha pena.

Fede. Tengo aquí un cheque superior a esa cifra; yo se lo endoso a usted y usted me entrega otro por valor de la diferencia.

Guiller. ¿Un cheque mío quiere osté?

Fede. Sí, señor; contra el Banco de España.

Guiller. Mi piensa que no se lo pagan.

Fede. ¿No tiene usted fondos allí? Pues contra el Río de la Plata.

Guiller. Mi piensa que tampoco lo pagan.

Fede. ¿Pues dónde tiene usted fondos?

Guiller. En ninguna parte. Mi tiene mocha pena. Es Susana quien tiene los fondos; mi firma no estar registrada, pero espere osté un momento. Mi le pide a Susana otro cheque por la diferencia de nuestra cuenta y recoge éste.

Fede. Perfectamente.

Guiller. Espere osté un momento.

Ino. Ya lo he pensado. Toreo.

Fede. ¡Inocencio!

Ino. ¡Federico! *(Se abrazan.)*

Guiller. ¿Ostedes se conocen? ¡Ah! Yes. Es verdad. Espere osté un momento. *(Mutis izquierda.)*

Fede. ¿Pero qué significa esto? Tú aquí con esta ropa.

Ino. ¡Federico! Esto es la catástrofe de mi vida En Montecarlo, sabes, le saqué a este maldito inglés quince mil francos, diciéndole que eran para una martingala. Me los gasté; nunca lo hubiera hecho; ese hombre me puso un revólver en el pecho diciéndome que o liquidaba con él o liquidaba con el mundo. ¿De dónde sacaba yo quince mil francos? Tú no estabas para hacer préstamos. Total, para no cansarte, que ese lord Seymour que maldita sea su estampa, me trajo a España y me hace acometer toda clase de labores, hasta que amortice la deuda. Yo he sido oficinista, payaso, ayuda de cámara, mozo de caballos, capataz de las minas y botones. ¡Ay, Federico de mi alma! Si supieras las veces que he pensado en el suicidio; pero no tengo valor.

Fede. Respira. Yo te redimo.

Ino. ¿Qué dices?

Fede. Que te redimo. Esos quince mil francos importan unas diez mil pesetas. Tómalas.

Ino. ¡Federico, eres mi padre!

Fede. Paga tu libertad y nos vamos de aquí juntos, pero en seguida. Odio esta casa y no quiero estar aquí ni un minuto más de lo preciso.

Ino. Tú odias esta casa. ¿Por qué?

Fede. Por esa mujer que me ha vuelto loco.

Ino. ¿Qué mujer?

Fede. Y tú lo preguntas. ¿No la viste en Montecarlo? ¿No te dije que estaba enamroado de ella?

Ino. Ya sé quién es.

Fede. Sí; la mujer de Seymour.

Ino. ¡Naranjas de la China! ¡Qué más quisiera ese miserable!

Fede. ¿Qué dices?

Ino. Que yo sé toda la historia; que Susana Staventson estaba por ti más loca que un tambor; que se fué a Montecarlo a buscarte; pero que nunca ha sido casada, sino solterita y enamorada de ti.

Fede. ¿Pero es verdad todo eso?

Ino. Más verdad que la luz.

Fede. ¡Oh! Entonces necesito verla, hablarla; pero me voy a vengar. ¡Ya lo creo!

Ino. Calla.

Guiller. Aquí está el cheque. Mire osté si es conforme.

Fede. Desde luego: no faltaba más.

Guiller. ¿Y osté, no piensa trabajar hoy?

Ino. Verás tú ahora. Oye, Guillermo, no me da la gana de trabajar.

Guiller. ¡Oh! A ver ¿Cómo es que me está osté tratando?

Ino. Te trato como quiera. Toma, todo lo que te debo.

Guiller. ¡Cómo! ¿Qué es esto? Osté ha robado algo.

Ino. ¡Yo robar! ¿Pero quién te has creído tú que soy yo?

Guiller. A mi no me chillar osté.

Ino. Yo no robo. Ese dinero significa que Federico es mi padre.

Guiller. ¡Cómo! ¿Osté estar padre de éste? Pues esto es curioso, porque osté estar más joven.

Fede. Quiere decir que soy su protector. Yo le he facilitado el dinero para pagar a usted.

Guiller. ¡Oh! Eso estar muy bien.

Fede. Ahora, lord Guillermo, no quisiera marcharme sin deberle a usted un favor.

Guiller. Osté dirá.

Fede. Quisiera despedirme de su esposa. ¿Tiene usted la bondad?...

Guiller. ¡Oh! Con mucho gusto, no faltaba más. *(Timbre.)*

Ino. Nosotros ya estamos liquidados, ¿eh? Que conste.

Guiller. ¡Oh! Yes. *(Al Criado.)* Diga osté a la señorita que venga. Tanto gusto, señor Conde. Siempre su amigo.

Fede. Y yo de usted. Tanto gusto.

Ino. ¿Qué vas a hacer ahora?

Fede. Voy a devolver a Susana la comedia con que me obsequió; ella representó u npapel, yo voy a hacer lo propio. Me va encontrar tan distinto, tan distinto, que no me va a conocer.

Ino. Pues te dejo solo; pero no te vayas sin mí.

Fede. Descuida, vete. *(Respetuosamente al ver a Susana.)* Señora, perdone usted; el llamarla ha sido motivado por mi insistencia; no he querido marchar sin verla; usted, en cambio, no quería recibirme.

Susana Yo... Señor conde...

Fede. No, no se disculpe usted; si lo comprendo. En su vida hubo un momento de debilidad en que usted me franqueo su alma, un momento en que usted se me ofreció sin reservas, y usted cree que yo vengo hoy a recordarla sus promesas. No; al separarnos, usted recobró su fortaleza, s earrepintió de lo prometido, quiso conservarse la mujer digna de siempre y huyó de mí. Hizo usted bien.

Susana Pero...

Fede. No se asombre. He venido aquí a liquidar mi saldo, nada más; si alguna vez la hablé de amores, no lo recuerdo ya: si usted tuvo la cobardía de oirme, ya lo olvidé; si usted tuvo la debilidad de prometer, creo que ha sido un sueño. ¿Por qué se sorprende usted?

Susana Yo... no...

Fede. Sí, me lo dicen sus ojos. Sus ojos tienen en este momento el brillo de un interrogante. Es que he meditado, Susana... Perdone usted; he meditado, señora. Y tenía usted razón al huir de mí en Montecarlo: yo también he rectificado. Como usted. Yo también soy distinto de aquel que usted vió en Montecarlo; hizo usted bien en huir. ¡Qué locura más grande hubiéramos hecho!

Susana No sé... No entiendo...

Fede. Ya no soy tan malo como antes; tengo conciencia, a mi modo, pero tengo conciencia. Yo iba a triunfar en la honda quietud de su vida, a arrebatarla tal vez en alas de un amor nuevo y esto sería un crimen. No tengo derecho a exigirla a usted el sacrificio de su honor y de su hogar y de su nombre. Si usted fuese para mí un capricho, una aven-

tura más, no hubiese vacilado en atropellar todos los derechos y en huir de todos los deberes y en salvar todos los obstáculos a cambio de unas dulces horas de pasión; pero usted no podía ser una aventura más, sino la última y definitiva aventura. Horrible sería nuestra vida, porque el amor dejaría alguna vez plaza al remordimiento y veríamos entonces que aquel cariño era un pecado y aquella dicha un crimen; nuestra vida se llenaría de sombras y aquellos besos que soñábamos, dulces como la dicha y ardientes como el amor, serían unos horribles besos amargos como el remordimiento y fríos como la muerte. ¡Ah, si usted fuera libre! ¿Porqué se casó usted?

Susana Pero yo no sé... Debo estar soñando... ¿Es usted el conde de Sierra Negra?

Fede. Sí; el conde de Sierra Negra que tiene alma para quererla a usted entre todas y sobre todas las mujeres, y tiene conciencia para huir de usted, porque es un crimen que nos queramos. ¿Por qué no adivinaría yo hace algunos meses todo lo que la iba a querer? ¡Qué torpe fuí entonces! Mil veces torpe, porque usted y sólo usted pudo ser la rosa única de mi jardín; mío hubiera sido entonces su cariño, míos sus dolores y sus alegrías, mías las lágrimas de sus ojos y las risas de sus labios... Susana... Susana... *(Transición brusca, evitando el transporte de pasión.)* ¡Pero no! ¡Imposible! Perdóneme usted, señora; otra vez el amor me llevaba al crimen. Usted, usted es ya de otro... Perdóneme... perdóneme mil veces. A los pies de usted, señora. *(Medio mutis hacia el foro, y Susana grita.)*

Susana ¡Federico! *(En brazos de Federico.)* ¡Federico! ¡Te quiero!

Fede. ¡Susana!

Susana Era mentira, mentira todo; te engañé para vencerte; soy libre y te quiero.

Fede. ¿De veras eres libre?

Susana Sí.

Fede. ¿De veras? Ya lo sabía.

Susana ¿Lo sabías?

Fede. Sí. Me has vencido; te quiero; eres una mujer encantadora.

Guiller. ¡Oh! ¿Qué cosa estar esto? Osté abrazando a mi mujer; yo pegarle un tiro.

Fede. ¡Lord Seymour!

Guiller. ¡Osté parecer náufrago que abraza tarugo para no ahogarse!

Susana Lo sabe todo, Seymour.

Guiller. ¡Ah! Eso estar otra cosa. Si osté saber todo, puede osté seguir abrazando. Mi no hacer ridículo.

Fede. ¡Ya lo creo que la abrazo! ¿Y tú a mí no?

Susana Según y como tú seas. Tengo yo mucho miedo, mucho, a los crisantemos del Japón.

Fede. ¡Bah! Tonta. En mi jardín ha entrado la langosta y lo ha arrasado todo; no ha quedado más que una flor, un espléndido clavel de Granada, que es ya la flor única de mi jardín.

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Francisco García Pacheco

Huéspedes tranquilos, sainete lírico en un acto.
El Tirano, zarzuela en un acto.
La poesía de la reja, apunte de sainete en un acto.
Amores de aldea, comedia lírica en dos actos.
¡¡Abajo los solteros!!, fantasía cómico-lírica-gubernamental en un acto.
La Giraldina, juguete cómico-lírico en un acto.
Matrícula de honor, jueguete cómico-lírico en un acto.
El coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto.
La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto.
El sitio de Gerona, juguete cómico-peliculero en tres actos.
Lo que dicen los otros, comedia en tres actos.
Los mochuelos, juguete cómico en tres actos.
El agua del Jordán, comedia en tres actos.
La conquista de Africa, juguete cómico en tres actos.
El castillo de la vida, revista cómico-lírica en un acto.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos.
Figuritas de cera, comedia en tres actos.
Clavel de Granada, comedia en tres actos.
¡No más calvos!, apunte de sainete en medio acto.
La Guillotina, zarzuela en dos actos.

OBRAS DE LUIS GRAJALES

El mejor amigo, comedia lírica en un acto. (1)
Loca de atar, comedia en un acto.
El fin de la tiranía, drama en cuatro actos.
Mont du-midi, juguete cómico en un acto.
La cuarta plana, sainete lírico en un acto. (2)
Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto. (3)
El coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa. (3)
La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa. (3)
Lo que dicen los otros, comedia en tres actos. (3)
La conquista de Africa, comedia en tres actos. (3)
El agua del Jordán, comedia en tres actos. (3)
Figuritas de cera, comedia de costumbres populares en tres actos. (3)
La piadosa mentira, comedia en tres actos. (4)

---

(1) En colaboración con don Federico Trujillo.
(2) Idem con don Enrique Bohorques.
(3) Idem con don Francisco García Pacheco.
(4) Idem con don Joaquín Téllez de Sotomayor.

OBRAS DE LUIS CANDELA

El cuñao de Rosa.

Los pelmazos.

Pedro Botero.

La prima de Bibiano.

Las acciones de Adán.

El hombre pañuelo.

El reloj de arena.

El Padre Cirilo.

El sitio de Gerona.

Un pedazo de pan.

¡No más calvos!

Precio: TRES pesetas